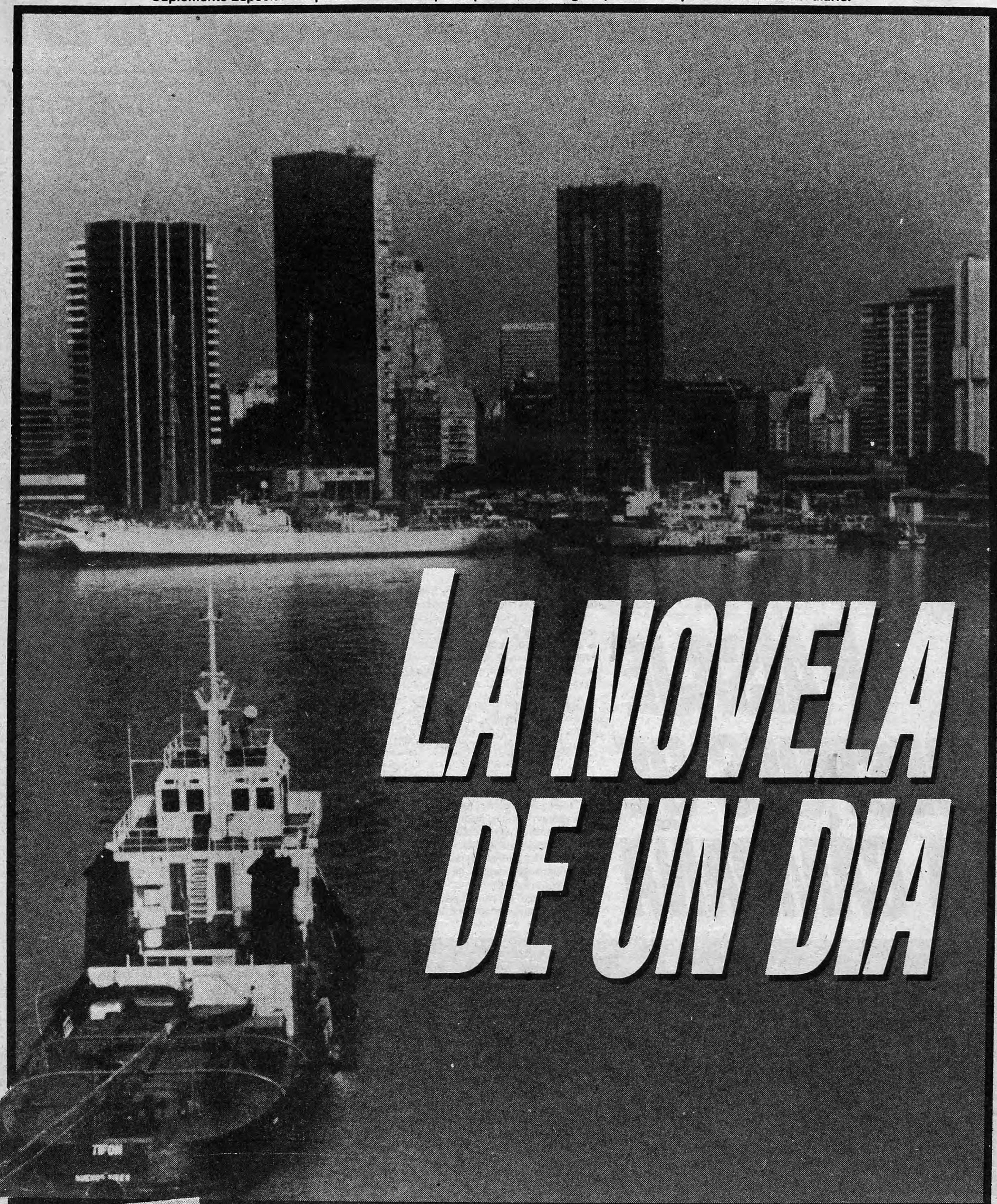
Página/12

Suplemento Especial. No puede ser vendido por separado, ni recarga el precio de la presente edición del diario.



LA NOVELA DE UN DIA

escriben

Gabriel García Márquez
Osvaldo Soriano
Jacobo Timerman
Tomás Eloy Martínez
Günter Grass
Juan Gelman
Eduardo Galeano
Osvaldo Bayer
David Viñas
Miguel Bonasso
Roberto Fontanarrosa
Roberto Cossa
Eduardo Pavlovsky
Enrique Medina
Dalmiro Sáenz
Pacho O'Donnell
Daniel Moyano
Ana María Shua
Juan Carlos Martini
Jorge Manzur
Miguel Briante
Mempo Giardinelli
Sergio Sinay
J. C. Martini Real
Héctor Tizón
Marcelo Cohen
Marcos Aguinis
Juan Sasturain

Unas horas en la vida de Alfonsín

AMANECER DE UN DIA

RAUL ALFONSIN
Diciembre 10, 1989

Tomás Eloy Martínez:

Vea cómo he llegado a este último día: más flaco, más quejumbroso, con más años de los que tengo. Los males del país se me han ido inscribiendo en el cuerpo. Si se acercara, podría leer en mis ojeras lo que nos ha ocurrido. Cuánta oscuridad, ¿se ha dado cuenta? Y sin embargo, a nadie puedo echarle la culpa. Desde el principio yo sabía que el poder era eso: andar a oscuras y, de vez en cuando, tropezar con un poco de luz. Uno está condenado a reflejar el país que gobierna. Soy el cansancio de este pobre país o, si prefiere, he ido contagiándole al país los estragos de mi cansancio.

Acuérdese de los primeros meses: yo iba de un lado para otro, eufórico. Me sentía tan lleno de certezas que nadie se animaba a contradecirme. Sigo creyendo que me equivocaba raramente. O mejor dicho, había tanta fe en mis equivocaciones que luego resultaba fácil convertirlas en aciertos. La realidad me sucedía, hubiera dicho Nietzsche, "como si el poder fuera lo que la voluntad deseaba". Y poco a poco, ya ve usted, la realidad comenzó a derrotarme. Me volví más callado, más sombrío: como la gente. Perdía los estribos, y cuando actuaba sentía un profundo miedo a errar. Por eso mismo erraba: por el miedo. Antes yo era el que prodigaba consejos; ahora los pedía. Me volví más atento a los proyectos de los otros y más desatento a mis impulsos. Como si el instinto político, que jamás me había abandonado, se me estuviera adormeciendo. Cada mañana me costaba un poco más levantarme, y a mi alrededor a todos les pasaba lo mismo. ¿Sabe, Presidente?, me decían: no sé por qué me despierto con tanto sueño.

Mi larga familiaridad con la derrota me fue sacando a flote. Pasé, como usted sabe, casi toda la vida perdiendo elecciones dentro del radicalismo. Afuera las ganaba. Pero en la propia casa, que es donde duele más, me hacían morder el polvo. Aprendí que, a la larga, las amarguras de la derrota son insignificantes. Lo que cuenta es la historia, el dibujo que de nosotros hará la historia dentro de cien años. Me dije que el poder es sobre todo eso: decidir cuál será, de todas mis imágenes, la que me sobreviva.

Lincoln solía admitir ante sus generales que la esclavitud le importaba un bledo; lo que para él contaba era la unidad de su nación. Para la época, no andaba descaminado. La esclavitud agonizaba, y él sabía que con una nación unida sería más fácil darle su golpe de gracia. La secesión, en cambio, hubiera sido una calamidad irreversible. La unidad se convirtió así en su idea fija; la historia le ha perdonado todos los errores en nombre de esa pasión que lo quemaba. Yo advertí también que debía aferrarme a una idea fija, algo que resumiera lo que he llamado siempre mi destino. Tomé conciencia de que mi nombre debía ir ligado a la palabra democracia o, para ser menos soberbio, a la continuidad democrática. Llevábamos sesenta años sin saber qué era eso: desde que Alvear le confió la banda y el bastón a Yrigoyen. Imagínese: dos generaciones. Casi no hay nadie en el país que recuerde ese instante. No quisiera quedarme con la exclusividad histórica de la democracia, pero al menos todos tendrán que reconocer que fui yo quien la restauré para poder entregársele sana y salva al hombre que ahora me está esperando.

De todas partes me han caído encima por aferrarme a esa idea fija. No ha faltado quien diga que, aun concediendo menos, hubiéramos llegado al mismo punto. ¿Usted lo cree también? Son muchos los que piensan de esa manera. Yo no estoy tan seguro. Hay que sentir aquí, en el poder, el cerrojo de los intereses de bando que se le vienen a la garganta, y la terrible pesadez con que termina usted moviendo las manos.

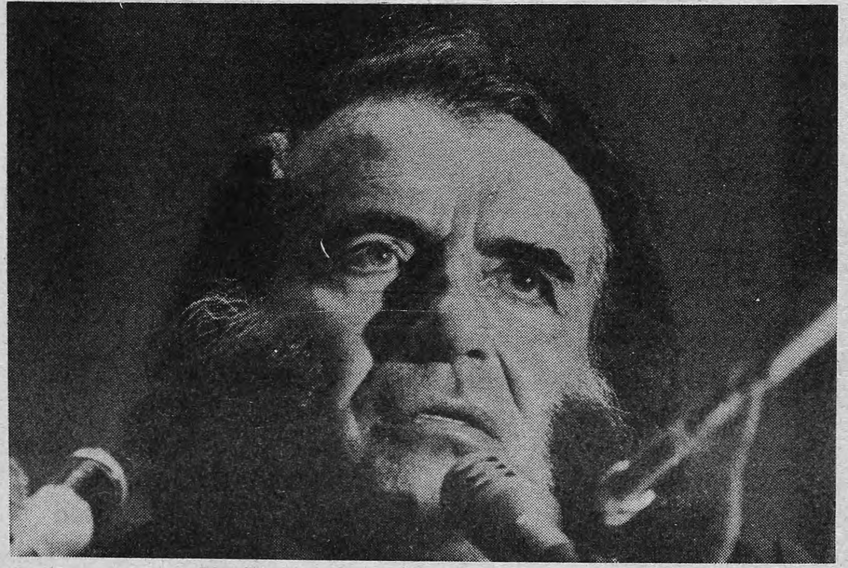
Llevo toda esta oscura realidad sobre las espaldas: los derrumbes del salario real, la inflación, la persistencia de la patria financiera, la desolación del parque industrial, las trenzas de corrupciones y sobornos sin desmantelar, el producto bruto decaído, la deuda externa en estado floreciente, el descalabro de los servicios públicos (y las tarifas de los servicios, tan erráticas como inaccesibles), la modernización postergada, el país "quebrado por la cobardía y por la abulia" —como he leído en un poema que me gusta—, la sonrisa del capitán Astiz en uniforme de gala cinco meses después de haber ordenado yo —el comandante en jefe— que lo pasen a retiro, la libertad de muchos a los que les probaron asesinatos y torturas. ¿No ve que se me doblan las espaldas?: ni siquiera voy a decir ahora, para defenderme, todo lo que hice en cambio. Los infortunios y las obras de bien acaban confundiéndose en el enjambre de los tiempos. La historia tritura todo: insultos, actos de contrición, vanaglorias. Lo que al fin queda de nosotros es una sola cosa: el nombre de la pasión con que vivimos o, si usted lo prefiere, la idea fija. Ya sabe cuál fue la mía.

Ahora váyase. Deje que me afeite, que tranquilice mi cara. Voy a hacer solo este último viaje a la Casa de Gobierno. ¿Ha oído lo que alguna gente anda diciendo de mí? Que hace seis años era posible todo, y que yo he ido apagando las esperanzas. Eso me duele pero no me inquieta. Si ahora es otro el que se está vistiendo con esas esperanzas, es porque yo he peleado para que sea posible. Conmigo empieza —la historia bien lo sabe— la continuidad de la democracia. Para que triunfe mi obsesión, me dije, cederé, sobreviviré, asumiré todas las culpas. Que eso quede de mí. Eso, y este cansancio atroz en el que todos ustedes se reflejan.

Un día en la vida de Menem

PAISAJE DESPUES DE LA CAMPAÑA

Alejandro Kacero



(*Por Jorge Manzur*) Hoy no es hoy, cosa relativamente cierta, y en ese caso, en vez de ser hoy el día que es —cosa improbable—, claro, es 26 de junio o, dicho de otra manera, la coronación de las vísperas en la interna peronista entre Antonio Cafiero y Carlos Saúl Menem.

Quedaron atrás diversas especulaciones; atrás, también, quedaron las agotadoras giras de Menem, El Supremo Riojano, a bordo del versátil "menemóvil".

La noche del 25, luego de cenar, Menem ha decidido no alojarse en un hotel céntrico, no, cansado de operadores políticos, jefes de prensa y oportunistas especuladores. Ha elegido, en cambio, quedarse solo en un amplio departamento que le ofreció un empresario amigo, ya de viaje por Europa. Este refugio es, quizás, el único secreto del caudillo riojano. Entonces convengamos que hoy es ya 26 de junio de 1988 y amaneció nublado y frío. Menem se ha despertado, distendido, a las siete menos cuarto y tiene, exactamente, dos horas para bañarse, desayunar, leer los diarios y hacer un par de llamadas telefónicas antes de subir al auto. Deberá, también, recortarse la patilla derecha, algo más pilosa que la izquierda (según mi abuelo, debido a la influencia de la Luna sobre Bagdad).

El Supremo Riojano abre la ducha y comienza a seleccionar la ropa que se pondrá. Camina, con el pantalón en la mano, y no percibe que al apoyarlo sobre la cama el llavero trenzado que le regaló Jorge Triaca cae dentro de una tinaja cubierta por un gigantesco helecho serrucho. Vuelve al baño, ya desnudo, y estira un brazo para encender la estufa de cuarzo que está sobre el botiquín. Pulsa la tecla que dice "ON" y un chispazo deja sin luz el departamento.

Menem se ducha, rápidamente, sin sospechar males mayores que secarse sin calefacción. Se sirve una taza de café negro, se anuda la corbata, pasa dos veces junto a la tinaja con helecho serrucho y ni la mira. Levanta el tubo del teléfono y un tono monocorde y agudo lo aturde. Disca, inútilmente, muchas veces, y se da por vencido. Decide, entonces, a las 8.06 del 26 de junio, jugar su predicamento político frente a Cafiero.

Frente a la puerta, busca las llaves en su saco, en el chaleco, en el maletín. Para nada piensa en la tinaja con helecho serrucho. Revisa el departamento, nervioso, inquieto; va y viene al tiempo que la interna ya ha comenzado. Trata de serenarse, busca en su maletín algún ansiolítico, equivoca de pastilla y, cinco minutos después, Menem cae rendido sobre la alfombra, a cincuenta centímetros de la puerta, escasa distancia, sí, pero suficiente para alejarlo de un destino histórico largamente esperado.

Un ruido de la calle, un escape, dos bocinazos, cualquier cosa pudo haber sido, lo traen de regreso a la vigilia. Menem mira su reloj y desorbita sus lánguidos ojos riojanos: son las 21.15. Grita, corre hasta el minicomponente ubicado en un ángulo del living y enciende la radio. No funciona, claro, gracias a la inoportuna estufa del baño. Patea puertas, se descontrola, busca una salida: accede a un pequeño lavadero y desde ahí observa el lavadero contiguo. Acostumbrado al vértigo de un rally, trepa sin dudar la pared de un metro veinte y ya está del otro lado. Camina, con sigilo, por un estrecho pasillo que conduce a un elegante living alumbrado por una lámpara de pie bella, fina, inevitablemente cara, piensa Menem por pensar en algo que lo distraiga. De repente, una mujer lo sorprende y reconoce. El hombre intenta disculparse, explica los desencuentros con la luz, el teléfono, las llaves y su inoportuno secreto. La mujer le dice que mejor hable con su marido y le sirve un whisky. Menem, en un sillón, lo bebe como bebe Marlowe frente a sus asquerosos clientes: de un trago. Una voz conocida para Menem hace que deje de jugar con el hielo y levante la vista: frente a él, de pie, sonriente, está el Coti Nosiglia, es decir el dueño de casa. Menem lo aturde con disculpas y luego arremete con lo único que le interesa: ¿Quién ganó? ¿El o Cafiero?

Nosiglia se sienta junto a él y le dice que claro, que sabe ya los resultados, pero que le parece impropio, y hasta peligroso para su carrera política, facilitarle semejante información a un adversario político de tal calibre. Entiende, también, que Menem no puede salir a la calle por la puerta de su casa.

Menem vuelve a trepar la pared de un metro veinte, y al saltar murmura palabras inconvenientes para que las escuche un ministro.

Nosiglia asoma la cabeza por el lavadero y le ofrece una ayuda: llamar a un cerrajero, por la mañana, y a eso de las siete prestarle todos los diarios. Y sin la menor ironía, después, le dice "buenas noches", al tiempo que Menem se pierde por el angosto pasillo, rumbo a una transitoria pero no por ello menos oscura soledad.

AGITADO



Un domingo en la vida de Cafiero

LOS SONIDOS DEL SILENCIO

Gustavo Gilabert

(Por Dalmiro Sáenz) Ese hombre se llama Antonio Cafiero y va a ser presidente de los argentinos.

Está sentado en un sillón de cuero, mirando por una de las ventanas de su casa que da sobre el jardín. Si en este momento se abriera la puerta del cuarto y fuese Menem el que entra, el diálogo que podrían tener esos dos hombres sería histórico. Pero el que entra no es Menem; el que entra es un chico desconocido, de unos nueve años, que dice:

—¿Viste mi paleta?

—No.

—La dejé acá.

—No la vi.

—¿No estarás sentado encima?

Cafiero se levanta y el chico mira el asiento, mientras dice:

—Mi papá lo va a votar a Menem.

—Yo no —dice Cafiero.

—¿Te vas a votar vos?

—Sí.

Afuera había gente. Era domingo. Había hombres, mujeres y chicos en el sol. Probablemente los padres del chico estarían ahí.

—Un hombre me preguntó si acá vivía Cafiero y me dio una carta para vos.

—¿Dónde está la carta?

—La perdí.

—¿Cómo la perdiste? —dijo Cafiero—. Podía ser importante.

—Era importante.

—¿Cómo sabés?

—El hombre me lo dijo.

—Bueno —dice Cafiero—. Tal vez no era importante. Todo el mundo cree que sus cosas son importantes.

—¿Vos también?

—Sí, yo también.

—Mi papá dice que es importante que vos pierdas la interna.

—Para Angeloz, es importante.

—¿Quién es Angeloz?

—¿No sabés quién es Angeloz?

—No.

—¿En serio, no sabés? —dijo Cafiero sonriendo.

—No.

—Si te fijás, en la biblioteca debe haber un chocolate.

—¿Por qué estás acá solo y no estás con la gente? —preguntó el chico.

—Toda la semana estoy con gente.

—Yo quiero que vos seas presidente.

—¿Estás harto de que el país esté como está?

—No.

—¿Y por qué querés que sea presidente?

—Porque quiero viajar. Mi papá dice que si vos salís presidente nos vamos del país.

—¿Así que tu papá dice eso? ¿Quién es tu papá?

—Me acordé dónde dejé la carta que me dio el hombre.

—¿Dónde la dejaste?

—Junto con el paquete.

—¿Qué paquete?

—Uno que me dio el hombre.

—¿El paquete era para mí?

—Sí. Dijo que lo deje en cualquier lugar de la casa.

—¡¿Dónde lo dejaste?!

—Junto con la carta.

—¡¿Dónde dejaste la carta?!

—No me acuerdo.

—Pensá un poco.

—¿Sabés que mi hermano tiene un...?

—¡Pensá dónde dejaste el paquete!

—Ahora me acordé. Lo puse en el auto de mi papá.

—¿Cuál es el auto de tu papá?

—Ese que está ahí en la calle.

—¿Y tu papá dónde está?

—Ahí, en tu jardín.

—Vení —alcanzó a decir Cafiero.

La explosión no fue muy fuerte, pero el auto quedó destruido. La cara de Cafiero. Sólo los grandes políticos saben manejar tan bien sus caras. Lo único que dijo fue:

—Si te fijás en la biblioteca, debe haber un chocolate.

Del Che Guevara a Terragno

HAS RECORRIDO UN LARGO CAMINO, MUCHACHO


Gustavo Saleg

Ministro Terragno. Los pecados de juventud son eso.

(Por David Viñas) "Un pecado de juventud" es el melancólico argumento con que se justifican algunos intelectuales de izquierda que en mayo del '68 se entusiasmaban con lo que ocurría en las calles de París. Y que se han deslizado, más o menos subrepticiamente, hacia la defensa de los saldos, remate y liquidación que protagoniza dentro del alfonsinismo, en 1988, el ministro Terragno.

La insurrección popular francesa de hace veinte años levantaba como bandera de sus planteos políticos la figura del Che Guevara. Y ese símbolo implicaba, ante todo, el cuestionamiento *global* del sistema canónico. "Para que se quedara en cueros y no ocultase nada." Entendiendo los estudiantes y obreros parisienses que la estructura tradicional ya no daba para más. O que, a lo sumo, el futuro de ese aparataje era la sobrevivencia, la agonía permanente o una terapia resuelta con aspirinas, curitas o mediante el "pasteleo". Que en la Argentina, paradójicamente yrigoyenista, se llama *contubernio*.

Y, pues bien, aquellos antiguos guevaristas argentinos del '68 denuncian ahora al Che y al mayo parisiano por *románticos*: "Pecado juvenil" —argumentan—, "desmesura", "lirismo inoperante", "pasión". Mientras se van instalando en diversos resquicios de la penumbra burocrática.

Las figuras de esa capitulación son ya clásicas. Podría decir que dibujan un lugar común de [illegible] política; lo que alguien, hace tiempo, caracterizó como itinerario que va "de Rimbaud a los veinte, Goethe a los cuarenta". Lo que de manera más directa se denomina *aburguesamiento*. Se sabe: fatigas, reacomodos, "vas a perder el tren si no te enganchás ahora mismo", expectativas frustradas o la coartada, bonachona, que apela a los hijos, a mi señora, tengo que cubrir las cuotas de un crédito. O la apelación más confidencial y como sombría "vas a pensar de mí que soy un traidor".

Y esa voz melodramática se carga de patetismo. Las sobreactuaciones aburren; ni hablar cuando se transforman, correspondencia o anónimos mediante, en *sobreescritura*. Porque el otro argumento de los ex guevaristas, ex incondicionales del '68, empieza, notoriamente, con "Marx ha muerto", se prolonga con "el fin de las ideologías" para encallar, espléndido, defendiendo el mercado abierto, el milagro japonés o el que se produjo, inédito, en el gran ducado de Luxemburgo, la revolución conservadora, la virilidad de la Thatcher, la privatización a rolete. Y de manera correlativa, el punto final y hasta la obediencia debida.

Para no abundar en mi réplica, me limito a preguntar: "¿Usted cree que la lucha de clases ha concluido?" El antiguo intelectual de izquierda me mira de soslayo, vacila, disimula su contratiempo mirando el reloj, se urga, incisivo, una carie, y termina diciéndome que sí y aceptando, de hecho, esa *desdramatización* de la historia. Entonces me permito señalarle la huelga de maestros tan próxima e inesperada, la represión de [illegible] palestinos realizada por la ortodoxia israelí o las legítimas reivindicaciones de los separatistas en la tan lejana Caledonia la nueva.

Y como el ex fervoroso de mayo del '68 me echa en cara mi *ideologismo*, insisto y le señalo las más recientes provocaciones imperiales en Nicaragua y Panamá. O la presencia, obscena, en Buenos Aires del general Vernon Walters. El *ex* argumenta de nuevo: "Pero todo eso no es lucha de clases; es geopolítica". Entonces, si él se hace el científico, yo me finjo lingüista: "Son diversos significantes —le susurro—, con un solo significado". Y le pido por favor que repase, sin calma, su viejo ejemplar de *Espontaneísmo y organización en la lucha callejera*, fechado el '68. O, si prefiere, el último discurso de Ernesto Guevara en Argelia.

Y si me replica que ya no los tiene en su biblioteca y que tanto el '68 como el Che fueron dos *fracasos*, entiendo. Aún más si cabe: qué son los "éxitos", el jadeo y el carrierismo, la saliva que se le junta en las comisuras de los labios, la inmediatez o la muzzarella para ese ex que ha optado, ahora, por la cara de Terragno. Reemplazando definitivamente al Che como emblema de lo más dramático del '68.

Conflicto docente

EXTRATERRESTRES PROPONEN SOLUCION

(Por Ana María Shua) Visitan el país los representantes del planeta Venus para el área de América latina, cuya principal delegación aterrizara hace ya un mes en Houston, Texas. Los diplomáticos venusinos fueron recibidos por el ministro Jorge Sabato, titular de la cartera de Educación. Participaron en el cónclave representantes del Palacio de Hacienda y de la cartera de Trabajo.

Los extraterrestres expusieron ante nuestras autoridades sus logros y dificultades en el área educativa, en un intercambio que resultó de recíproca utilidad. De acuerdo a lo manifestado por los visitantes, en el planeta Venus son los delincuentes comunes los que, a modo de trabajos forzados, imparten educación a los pequeños venusinos. Esa particular situación permite obtener una serie de ventajas. Por una parte, implica un considerable ahorro presupuestario para el Estado. Por otra parte, la amenaza de tener que enfrentar durante varias horas por día la ferocidad de los niñitos, ha logrado el drástico descenso de la tasa de delincuencia. Y como corolario, la gente menuda del planeta se educa en el más fervoroso respeto a las leyes, por haber comprobado personalmente la severidad del castigo que se inflige a los transgresores.

Sin embargo, la bajísima tasa actual de criminalidad ha obligado a los venusinos a proveerse de maestros en otros planetas, de ahí que se haya solicitado a las autoridades nacionales el permiso correspondiente para reclutar maestros argentinos, famosos en toda la galaxia por su buen rendimiento en relación con un bajísimo consumo.

Después de la partida de la delegación venusina, el ministro Sabato se reunió con Sourrouille y con el titular de la cartera de Trabajo, Ideler Tonelli, para discutir la implementación de un sistema similar en nuestro país.

Alertado con respecto a las intenciones gubernamentales, Marcos Garcetti, el titular de la CTERA, ha presentado ya un petitorio en el que se exige la inmediata unificación de las condiciones carcelarias en todas las prisiones del país, tanto las que dependen de las provincias como las que reciben aportes del Gobierno Federal.

Los representantes del Palacio de Hacienda consideran que es imposible atender a un reclamo que atentaría contra el federalismo, ya que las características edilicias de cada unidad carcelaria están en relación con el clima de la región, y el rancho que se le sirve a los presos varía de acuerdo con los cultivos locales. Garcetti, a su vez, acusa de unitarismo a las autoridades, que pretenderían reservar para el Tesoro el ahorro que significaría dejar de pagar los sueldos a los docentes que dependen de la Nación, en lugar de coparticiparlo con las provincias.

En busca de una solución que satisfaga a las partes en conflicto, se realizó una reunión de carácter privado entre el presidente Alfonsín y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero. En ese encuentro se acordó la reglamentación de un impuesto a las actividades delictivas que permitiría obtener los fondos necesarios para responder a las exigencias de la CTERA.

Los delincuentes deberían depositar anónimamente un porcentaje de lo obtenido en cada acción delictiva, obteniendo a cambio un recibo oficial. En caso de ser atrapados, juzgados y condenados, la presentación del recibo correspondiente bastaría para conseguir una importante atenuación de la pena. El proyecto será elevado al Parlamento.

Sin embargo, un vocero autorizado de la bancada peronista aclaró que los justicialistas no votarán un impuesto que perjudique al pequeño delincuente nacional (como los ladrones de pasacasetes), eximiendo de su mayor responsabilidad a las transnacionales del narcotráfico.

Consultados los representantes del hampa, se han manifestado a favor de un lock-out patronal que deje al país sin delitos por tiempo indeterminado. Esa noticia ha causado malestar en las filas de la institución policial, que vería así amenazada su principal fuente de trabajo.

Entretanto, los venusinos tienen gran éxito en el reclutamiento de maestras, a las que les han ofrecido un básico de 1200 australes diarios por mes y un hueso de caracú diario para la confección del puchero.

Angeloz

LA IMAGINACION ADMINISTRADA

(Por Osvaldo Soriano) El doctor Eduardo César Angeloz empieza su día con una insistente inquietud que a menudo le altera el sueño: ¿su mensaje ha sido claro? ¿Esa gente confía de verdad en su palabra? Por eso, antes de sentarse a la mesa del desayuno, quiere disipar el malestar de la duda.

—¡Orgaz, por favor, llame otra vez al City y al Fondo!

—Llamamos ayer, gobernador.

—Sí, pero fue en cobro revertido, bestia. ¿Así cómo nos van a creer..?

—Le aseguro que nos creen. John Reed me dijo que si usted está tan inquieto le mande un cheque posdatado a octubre del '89.

—¿Y ya se lo mandamos?

—No, eso sería darle argumentos a Cafiero. Y si el candidato llega a ser Menem, ni le digo. Por favor, César, déjeme cuidarle la campaña.

—Bueno, llame a París, entonces. Los franceses lo escuchan a Caputo y piensan que están tratando con un país del Tercer Mundo.

—Los tengo podridos. A esta hora Monsieur Camdessus se está por ir a almorzar a la *Tour d'Argent*.

—Usted llame, Orgaz, que no se equivoquen: les voy a pagar aunque no quieran.

—Da ocupado.

—Debe estar llamando Cafiero con esa historia de la moratoria concertada. ¿A usted le parece que John Reed le entendió?

—Claro que sí. Declara la moratoria si los bancos le dan permiso.

—Ahí está, en cambio nosotros no necesitamos permiso para pagar, Orgaz. Se les va a fruncir el upite cuando me vean llegar con la plata. Un Boeing de SAS lleno de dólares, de bonex, de bagon. Se lo aterrizamos en la puerta del Tesoro, abrimos las valijas y pagamos, pagamos, pagamos... Tome, Mister, cóbrese la legítima, acá tiene la ilegítima, Monsieur, quédese con el vuelto para intereses y los intereses del interés. ¡Pagar, Orgaz, pagar! Rivadavia hacía eso, iba por los negocios de los ingleses, tempranito a la mañana, y se ponía como un duque. ¡Cómo lo querían a Rivadavia! Mire que para dedicarle la calle más larga del mundo...

—Cien años pagando, César.

—Ciento cuatro, como el Magiclic. ¡Esos eran empréstitos, Orgaz!

—¿Les pago a los maestros, ya que estamos?

—No, no se me confunda, Orgaz. Los maestros enseñan la vida de los próceres, pero no son ellos los que les ponen nombres a las calles, ¿me entiende?

—Se le va a enfriar el té, César.

Entre las citas y las reuniones de la mañana, el doctor Angeloz se hace un tiempo para el ejercicio del zen, que tonifica la paciencia. El candidato radical y la plana mayor de la empresa Honda se juntan en un baldío de Córdoba donde los japoneses van a instalar una fábrica de motos importadas. Cada día, cuando baja del coche, vestido con un kimono, Angeloz saluda con un corte de cintura y pregunta:

—¿Les debo algo?

Jorge Sáenz



Eduardo Angeloz en pleno esfuerzo por mantener la propia imaginación bien dosificada y a tono con el fin de siglo.

—Por ahora no —le responden, y empiezan esos ejercicios silenciosos que deberían convocar la fortuna y alejar los malos pensamientos. Sin embargo, mientras junta los brazos contra la nuca, retuerce las rodillas y echa el torso hacia atrás, Angeloz trata de recordar si el día que lo eligió en el almuerzo de Avellaneda, Alfonsín no había tomado una copa de más.

—Seguro que no —le había dicho después su asesor Alfredo Orgaz, exultante—. Un cuarto de tinto y soda.

—¿Angeloz-Casella, dijo?

—César y Juan Manuel. Acuérdese que hasta se le cayó una lágrima al hombre.

—Estaba emocionado...

—No sé, pero como llorar, lloraba.

Después del almuerzo el gobernador relee el método *Cómo triunfar en la vida*, de Dale Carnegie, toma notas de los fragmentos más sabrosos y en base a esa filosofía prepara su próximo libro para la colección *Grandes Best Sellers*, de Emecé.

—Páguele a alguien que me lo escriba bien, Orgaz, los dos anteriores eran un desastre.

—Tengo dos socialistas que se ofrecen, César. Déjeme trabajar con ellos.

—No, socialistas no quiero. Vea lo que son los discursos de Alfonsín.

—Mire que antes que socialistas son cordobeses, gente flexible. Además hay que ir corriéndose un poco a la izquierda, ¿no?

—¿Izquierda? No joda, Orgaz, con el apoyo en esa chica Liliana de Riz me alcanza y sobra. Ponga gente de confianza, nueva. En el mundo ya no hay más izquierda ni derecha.

—Acuérdese que en Africa nos gritaron "Imperialistas go-home".

—Yo hablo del mundo, Orgaz. ¡De lo nuevo! ¡De la revolución posindustrial, las computadoras, la biotecnología, la fibra óptica, los satélites!

—Eso está en el libro de Terragno.

—¿Ve que con un buen libro se puede llegar lejos? Invítelo a tomar una peperina y le sacamos algunas ideas.

—¿Esta noche?

—No, hoy toca la Mona Giménez.

—¿Y a la Juventud Radical qué le digo?

—Que fui a ver a Lander o a Tito Páez.

—Lerner y Fito Páez, doctor. ¿Los ve en vivo o en clip?

—No sé, elija usted que sabe de discos.

—Está bien. El coronel que viene de Magdalena quiere saber cómo se interpreta eso que dijo Menem sobre una ley de pacificación para el '91.

—Si están dispuestos a esperarlo a él hasta el 91, bien pueden esperarme a mí hasta el '89.

—Pero usted dijo que no habrá amnistía.

—Y no va a haber. Hay que tener más imaginación, Orgaz. ¿Se acuerda cuando Alfonsín quería vender la embajada en Tokio para hacer la nueva capital?

—¡Qué tiempos, César! La gente se creía cualquier cosa.

—Bueno, eso era pura fantasía, ¿ve? Lo mío, en cambio, es imaginación bien administrada. Cuando seamos gobierno, vamos a vender las cárceles militares que le están dando pérdidas espantosas al Estado.

—Como iba a hacer Chirac en Francia.

—Justamente, Orgaz. En la empresa privada el dueño se reserva el derecho de admisión y permanencia. Y en nuestro caso, el propietario no admite militares en su propiedad.

—Cuidado que Chirac perdió feo, César.

—Sí, pero con Mitterrand, no con Cafiero.

—¿Y si el candidato es Menem?

—Vamos, Orgaz, ¿acaso Facundo Quiroga no terminó su carrera en Córdoba? ¿Dónde vio un presidente con esa pinta y apellido capicúa?

—Eso es cierto. Además no hay dos sin tres, doctor. Primero Juárez Celman, después Illia y ahora... *¡Ahora, la hora de Angeloz!* ¿Qué le parece el slogan? Me lo sopló ayer Víctor Martínez.

—¡Oiga Orgaz, no joda! Se lo advertí mil veces a toda mi gente y ahora se lo digo a usted por última vez: ¡no quiero que se junte con gente de izquierda!

Un discurso de Vargas Llosa

EL PENSAMIENTO BALANCEADO



Mario Vargas Llosa.

(Por Eduardo Pavlovsky) Conferencia sobre la importancia de la alimentación en el pensamiento filosófico de la nueva derecha en Latinoamérica. De cómo transformar el pensamiento poético o rebelde en pensamiento "lineal"*.

"Nuestro pensamiento es una toma de posición filosófica. La lucha por la alimentación es un problema filosófico.

"Si controlamos la alimentación y la balanceamos, crearemos hombres mejores. Somos absolutamente simples y lineales. Nuestra máxima virtud es nuestro concepto de la linealidad: un perejil es un perejil y una batata es una batata.

"La alimentación balanceada la hemos estudiado profundamente, científicamente: somos lo que comemos y pensamos lo que comemos.

"Necesitamos cambiar la manera de pensar de nuestros adversarios. Siempre lo hemos hecho. Pero ahora recurrimos a nuestra visión más moderna. Tenemos una dieta especial balanceada para las elites, aquella elite escogida de nuestros adversarios será la encargada luego de transmitir mejor nuestra filosofía. Los mejores poetas y rebeldes luego serán nuestros mejores ideólogos. Siempre se apasionan por transmitir ideas. Sólo que les cambiamos el signo.

"Existe entre los adversarios un desperdicio: los residuales, los menos aptos, los que ignoran las fuerzas del destino, la mayoría de los indecisos. Les ofrecemos a ellos una dieta de menor pureza pero de alto valor calórico. Los hace obedientes y fieles a la causa. Les encargamos las tareas más duras. Son los encargados de convencer a los rebeldes cuando se resisten.

"Los poetas luchan por los residuales y nosotros transformamos a los residuales en sus peores enemigos. Esta es la clave de nuestra filosofía. Pensamiento lineal puro. La dieta de los residuales produce un solo pensamiento lineal: el enemigo es la rebeldía de los poetas. Si hay más residuales que poetas hay que utilizar la mentalidad de los residuales para neutralizar a los poetas.

"El fundamento teórico del pensamiento lineal es que la alimentación diaria científicamente orientada llega directo a la cabeza de la gente. Lo importante es la *cabeza de la gente*, lo que la gente piensa todos los días, no los grandes pensamientos filosóficos. De eso nos ocupamos ahora nosotros, y eso sólo se logra con una alimentación científicamente orientada y calibrada.

"Luchamos por ideas, la alimentación es sólo un recurso. Nuestro presupuesto lo utilizamos para propaganda alimentaria, invadiendo las fábricas, los hogares y las universidades con nuestras dietas.

"En última instancia ésta es nuestra *última* carta. La posmoderna. El efecto de la alimentación diaria en la cabeza de la gente, produce *pensamientos*. Nosotros producimos pensamientos. Somos una máquina nueva de producir pensamientos. No hay secretos. Pero los poetas o rebeldes no tienen estrategias para contrarrestarnos. El PODER de la alimentación lo tenemos nosotros y si el PODER de la alimentación diaria es nuestra, por más poetas que sean, están *muertos*.

"Además los poetas discuten permanentemente sus puntos de vista, nosotros en cambio no tenemos nada que discutir porque tenemos una sola misión que cumplir. Poseemos una máquina alimentaria que produce pensamientos. Ideas, en la cabeza de la gente y la alimentación es un recurso cotidiano, que utilizamos todos los días, para transformar la cabeza de la gente. Hoy somos vanguardia tecnológica. Transformamos la elite de los poetas y los convertimos en nuestros propios filósofos y a los residuales, por los que luchan los poetas, los transformamos en sus adversarios, en sus peores enemigos.

"Nuestra habilidad es sólo hablar de alimentación. Nunca hablamos de ideas. Ellos hablan de ideas. Pero nosotros les robamos las ideas. El PODER no debe ser *esencialmente represivo*. Se ejerce más que se posee. La habilidad es ejercerlo en forma sutil, en forma lineal".

* *Informe presentado en la Casa Blanca. Washington. Marzo, 1988.*



Mercado de Liniers

NOTABLE AUMENTO EN LAS COTIZACIONES DE BOVINOS

(Por Miguel Briante) *"Un notable aumento experimentaron ayer las cotizaciones de la hacienda bovina en el Mercado de Liniers adonde ingresaron apenas 14 mil animales"*, dijo Echagüe y levantó la cara que había mantenido casi pegada al micrófono. Le llegó la voz del conductor del noticioso del mediodía, agradeciéndole el anticipo. Unos avisos, una entrevista, y volvería a salir al aire. Quince minutos, pensó, y salió del móvil. Afuera, el frío y ese olor a bosta. Los animales, por lote, ya estaban saliendo de algunos corrales. Hundió los mocasines en el barro. Allá enfrente, Salvador Iza, como siempre en el más alto de los caballos, usaba la picana con precisión: un toque y cada novillo salía derecho para la manga, hacia el camión. "Hacia la muerte", acostumbraba pensar Echagüe antes, cuando todavía quería ser escritor y se sabía de memoria *El matadero*, de Echeverría. Hasta que se hizo hacer esa tarjeta —*Carlos Pedro Echagüe - Periodista agropecuario*— y decidió borrarse de la *Asociación Tradicionalista El Cencerro* porque no le parecía serio ser periodista y payador.

A usté compañero Iza/ a usté Iza compañero/ ya no hay nadie que lo pisa/ ni el redomón más mañero. Se le ocurrió de golpe, en la cabeza, como una nostalgia. También vio un asado, cerca de un alero de chapas; las brasas subiéndole de abajo al cordero en cruz, la borrachera de vino de don Cardozo que miraba caer la grasa y a Salvador Iza, ruidoso, jugándose a la taba lo que acababa de ganar en la cuadrera. Volvió al mercado, a los alambres, a las altas pasarelas donde todavía conversaban, sin ensuciarse, algunos rematadores. Fue hasta el móvil. El conductor, desde central, le estaba dando pie. Se hacía el gaucho: *Adelante, Liniers, amigo Echagüe*. Leyó para la audiencia: *La efectiva competencia establecida entre las empresas del abasto y los frigoríficos determinó alzas de alrededor de un 3 por ciento según los valores anotados en la semana anterior*. Tenía que preparar su columna mensual para *Mundo Agrario*: "A pesar de que muchos dicen que la pampa no es húmeda por lo que llueve sino por lo que lloran los productores está claro que mientras no haya apoyo estatal al campo la carne va a seguir subiendo". Así iba a empezar, y después a salir al cruce del impuesto a la tierra no productiva, qué joder. Desde central, le estaban pidiendo que esperara. Llegaba el informe de un corresponsal que estaba con el Presidente en China. Le avisarían. Se sintió levemente agraviado: "Así anda la patria —pensó mirando por la ventanita los potreros donde se agitaba el ganado—. La patria está aquí y ellos andan por ahí, buscando negocios o noticias. Entre comunistas". Por línea directa le dijo al jefe del informativo que se habían demorado algunos remates y que volvería a entrar después del almuerzo. Salió del móvil. Al costado de uno de los corrales grandes Salvador Iza ataba el overo. Le arreglaba la cabezada, le aflojaba la cincha, sacaba el barro que cubría los tachones de plata de los bastos. Echagüe empezaba a cruzar el pasillo cuando, entre el barro, casi lo voltea un novillo que corría a lo loco, desconcertado, buscando un campo que no estaba. "Como uno —pensó— acá, entre el cemento de la ciudad." Pasó, al galope y con el lazo armado en la mano, el Loco Toledo. A los treinta metros, el novillo se dejó acogotar. El loco volvió al paso, con el animal de tiro y recitaba o cantaba: *Novillos muy livianos australes 3 con 70 por 33 con 395 kilos/ novillos livianos australes 3 con 572 pòr 31 con 410 kilos*. La voz se fue.

Salvador Iza estaba acomodando unas boleadoras en la carona. "Por recuerdos —se le adelantó el hombre—. Un día voy al pueblo y me encuentro que el viejo está vendiendo el apero y hasta la rastra en un remate. La rastra con monedas de plata del tiempo de la colonia. Yo trabajaba de pintor de paredes. Me dio bronca. Ningún hijo me salió gaucho, me dijo el viejo. Lo puteé, le dije que ser gaucho es carísimo en estos tiempos. Y alcancé a comprar las boleadoras en el remate."

Ya estaban en la parrilla; a mano, por la ventana, pasaba un lote de terneros. "Cuántos kilos vivos", pensó Echagüe, y se palpó el propio cuerpo: sangre, venas, nervios, huesos, kilos vivos. Oyeron la voz del Loco Toledo, que comía solo: *Terneros 3 con 80 por 24 con 247 kilos/ vaquillonas 3 con 50 por 18 con 265 kilos*. "Pobre —dijo Salvador Iza—. Era resero en mi pueblo y estaba casado con una viuda que tenía un campito. Un día vino acá, con una tropa, en camión. Cuando volvió, la viuda se había juntado con un inglés y lo echaron. Se vino a trabajar acá, y aparta para los Lanusse. Yo le ofrecí una pieza pero dijo que prefería vivir ahí, en Ciudad Oculta, porque está más cerca. El año pasado hicieron una redada en la villa y cayó preso. Como anda sin documentos, se le ocurrió que la mejor manera de probar que trabaja aquí era recitar los precios de las entradas. Le deben haber pegado, porque así quedó."

"Acá son todos locos —dijo Echagüe—; vos andás con boleadoras y vestido de gaucho de domingo, con corralera y todo. El otro canta cifras." Salvador Iza lo miró. "Y usted, paisano, que acá viene de mocasines y a *La Biela* se va de botas, y con esa llave para la tranquera de un campo que nunca tuvo y las llaves de una camioneta que no tiene." Echagüe vaciló: "Es parte del negocio —dijo primero y después—. Es por las minas, que se creen que soy estanciero. Y vos, que sos un paisano rotoso, ¿acaso no vas a *La Biela* o *La Rambla*?". Salvador dijo: "Una vez al año, después de las domas de la Rural. Los ricos saben distinguir a un buen domador y me invitan". Echagüe, mentalmente, iba completando el informe para la radio: *"Unicamente la hacienda inferior se colocó en demanda tranquila, aunque con precios que igualmente acusaron algunas mejoras"*. Había querido ser un escritor nacional y ahí estaba, recitando como el Loco.

Iza estaba parado contra uno de esos gauchitos oscuros, de bataraza y alpargatas. Lo apretaba de la nuca, paternal. "Mirá correntino —le estaba diciendo— ya sé que vas a hacer de apareador en la doma del domingo, en Ezeiza. Voy a ganarme el premio, te aviso. Así que no arregles con el chino Almada porque en cuanto me quieras sacar de la monta, o tu caballo o vos me van a guardar esto", le decía. Y le mostraba el facón, como quien le está mostrando el trabajo del mango, las filigranas inocentes. Desde la mesa más limpia, la gente de Alzaga Unzué, de Harrinton y Lafuente, de Pereyra Iraola, miraban oliendo la violencia. Esa violencia, pensó Echagüe, esas secretas pasiones criollas quería escribir, y no esto. Pero anotó: *"Debemos señalar la firme puja que mantuvo la demanda interna cuando se presentaron para ser comercializados los ganados especiales"*.

El domingo tenía que ir a Ezeiza, a la doma. El correntino ése hacía siempre lo mismo. El apareador es el que ayuda, de a caballo, a sacar al jinete cuando se está por caer. Lo pasa a su monta. El correntino arregla una parte del premio con alguno y cuando los buenos como Iza están por ganar, los saca antes de tiempo, después de pecharlos. Así iba yendo todo: el gauchaje, el tiempo. En el móvil, cuando le dieron entrada, dejó a un lado los papelitos. Dijo: *"Hoy, el promedio de kilo vivo de gaucho llegó 3 con 70./ Gaucho pesado 3 con 50 por 25 con 67 kilos/ Gaucho viejo 2 con 40 por 2 con 71 kilos/ Locutor agropecuario 3 con 45 por 1 con 69 kilos...*

Oyó un ruido, movió los botones. Dijo adelante, cambio, pero supo que no le iban a abrir la línea. Nunca más.

Horacio Paone



Mercado de Liniers, el kilo vivo y los walkie talkie.

UN TROPEZON NO ES CAIDA

(Por Marcelo Cohen) *La caída* es el título de una novela de Albert Camus, escabroso monólogo moral destinado a perturbar el equilibrio de todo aquel que de vez en cuando conversa consigo mismo. En el México-City, un bar presumiblemente fétido de los muelles de Amsterdam, Jean-Baptiste Clamence incita a los forasteros a examinarse sin piedad, para lo cual empieza por contarles su propia vida: desde los mundanos días de abogado triunfal hasta la casi muerte en vida y la mendicidad, un proceso signado por la desarmante sospecha de que en cualquier hombre decente hay un criminal en potencia. El ejemplo abona el notorio matiz trágico del verbo caer, decidido desde el momento en que el más hermoso de los ángeles fue condenado a ser gerente del infierno por haber escupido la cara de Dios. Todavía hoy, cuando sus armónicos se desvanecen más rápido, el sonido de lo que cae siempre convoca alguna pena, a lo sumo revestida de indiferencia. Caen las hojas de los plátanos, cae la lluvia tras el cristal, caen los inocentes en las trampas de los pérfidos, cayó el Imperio Romano, caen las sombras sobre nuestro amor, caen los índices de la renta per cápita y el salario real. La caída es una desdicha, el comienzo de un final indeseable. Pero en la calle la gente, en lugar de caer, "se" cae, y es penoso que esta diferencia no nos alcance para estimar la nobleza del acto. Al contrario; obediente, insensatamente, ponemos en la caída en la calle todo el desprecio que merece lo barato, lo irrisorio.

Porque aceptamos que uno se cae por culpa propia, por torpeza, distracción, negligencia o una mala suerte que no está fuera sino dentro, como un defecto. Uno no se desploma desde las cumbres, ni va a parar a un pozo espléndido de abyección; se cae simplemente con su propia estatura mediana, y da contra el suelo, a la altura de los zapatos ajenos. Caerse es una grosería, invita a la exasperación. Si vomitar junto a un buzón a medianoche es una afrenta para la autoestima, pensando en la enfermedad o el vicio que produjo esa marea, la gente reaccionará con asco y compasión, dos sentimientos enaltecidos por la novela. Ante el que se cae, en cambio, únicamente cabe la ayuda —menos asidua de lo que suponemos— o la risa brutal. Despatarrado, el caído maldice y se desprecia; lo primero que hace no es sufrir, sino ponerse rojo. Caerse en la calle es sobre todo una vergüenza. A veces, sin embargo, el que se ha caído también se ríe: contra la magulladura, contra el escarnio, contra el tiempo perdido. Entonces el público, aunque no lo confiese, sospecha que acaba de ver una anomalía radiante. La fisura en el continuo, un cambio astuto en el montaje de la escena: como si de pronto, en el centro de la tela, a la araña le hubieran reemplazado la mosca atrapada por un cráter. Y la futilidad de la caída se corona de esplendor.

"Entropía" es un término que el físico Rudolf Clausius acuñó en 1865 para facilitar el examen del comportamiento interno de las máquinas de vapor. Desde entonces el fenómeno que designa (la tendencia de todos los sistemas cerrados al reposo) se reveló enormemente complejo, y hoy se usa sobre todo como parábola de la fatiga, la agonía o la desidia que sufre, digámoslo así, la civilización. Se puede imaginar que el aumento de la entropía se manifiesta en una somnolencia general. Y sin embargo tal vez no sea así. Tal vez el atisbo del final esté en la imposibilidad de interrumpir el movimiento que nos consume. O bien: ¿no será la velocidad incesante el síntoma principal de la muerte de la sociedad? Si es así, la caída en la calle viene a ofrecer una mágica regeneración. A mí, confieso, no me cabe duda. Con una conciencia muy remota de su arrojo, el idiota ese que se cae se está negando a seguir en la carrera. Dice: yo a esto no juego más. Interruptor, tijera, en un mundo que promueve el triunfo y la elegancia de molde se atreve a pedir tregua en mitad de la batalla. Camus no se equivocó al titular *La caída* el monólogo de un hombre que mediante su propia denigración desafía a la mascarada social a demostrar que está limpia de delitos. Saber caerse de vez en cuando no sólo indica buen gusto: es un paso considerable hacia la independencia de criterio. Y si uno no lo consigue por voluntad propia o inspiración, será mejor que busque alguien que le haga una zancadilla. El detestado favor de ese maestro incidental del pensamiento se agradecerá, con dolor de huesos, en un paréntesis de eternidad robado al reloj de la apostura.

Los deportes, por ejemplo. Dejando aparte el boxeo (donde sólo existe el derrumbe), podrían dividirse entre aquellos que han asimilado la caída y los que la toman por un hecho aciago. Entre estos últimos están todas las clases de carreras, paradigmáticamente las de bicicleta, en las cuales caerse, las más de las veces, es el preámbulo de un fin mediocre. En el fútbol pasa al revés: los jugadores ruedan y se levantan continuamente, a menudo en una feliz demostración de que los retrasos no siempre tachan la belleza. En el fútbol la caída es un incidente más, propicio, incluso, dentro del área de castigo; lo cual acaso explique la portentosa popularidad de un juego donde los gorditos, por otra parte, también pueden ser sublimes.

Otro tanto valdría para los libros. Si una buena cantidad de novelas magistrales no tolerarían la patosidad del héroe, ni siquiera un tropezón (pertenecerían a esta especie *Los embajadores, Todo verdor perecerá, Por quién doblan las campanas, Conversación en la Catedral*), podría construirse una galería de personajes cuya caída en la calle no pondría en peligro la integridad de las obras a las que pertenecen. Sería muy difícil aceptar que Swann o Adrian Leverkhün tropiezan en el bordillo. Podrían caerse, en cambio, no sólo Tom Sawyer, Philip Marlowe, Alicia o Jacques, el Fatalista, sino incluso Leopold Bloom, Joseph K., Molloy o Chichikov; personajes que, como hubiera dicho Holden Caulfield, a uno le gustaría llamar por teléfono de vez en cuando. (A propósito: ¿cuándo permitirá Kundera, tras tanto vanagloriarse de seguir a Sterne, que alguna de sus criaturas dé con el culo en las baldosas?) Hasta Heathcliff, el Heathcliff primitivo y cruel de *Cumbres borrascosas*, aceptaríamos imaginarlo dándose de bruces, y eso en una novela romántica por antonomasia. Después de todo, ya lo habíamos visto escarbando con las uñas la tierra que cubre el cadáver de Cathy.

Todos hemos advertido alguna vez la felicidad de los niños cuando rebotan en la cama elástica. Es la primera prueba de que caerse es un placer: sin duda porque está prohibido. He aquí entonces el probable paraíso: imaginar Barcelona, hoy en día, escenario del rigor adecuado (la marca justa, la ropa justa, el justo desaliño y las infinitas variantes del "seny", algunas solapadas) convertida en linterna mágica u ondulante pantalla de cine cómico por obra de una inconexa profusión de caídas imprevistas. Las autoridades ciudadanas podrían aprender de Jimmy Carter, el célebre productor de cacahuetes que una vez rodó por la escalerilla del avión y desde entonces convenció a medio mundo de que no merecía tanto odio como los presidentes norteamericanos. A modo de contribución, entre tanto, aportó una instantánea tomada de la realidad.

Una tarde, a eso de las cinco, un amigo y yo salíamos de comprar pan en el célebre horno Montserrat, sito en la esquina de las calles Ballester y República Argentina de la capital de Cataluña. Estaba lloviznando. Madres regresaban de los colegios tironeando de los hijos; relucientes autobuses bufaban ante el semáforo. En eso una niña de siete años tropezó con el bollo que se le había resbalado de las manos y cayó no muy pesadamente. La madre, paciente, la levantó y, pensando que un zamarreo no bastaba, le dio dos bofetadas como para conmover a un karateca. Mi amigo no es Pestalozzi, mucho menos Makarenko, pero tampoco tolera que se agreda a las personas, por diminutas que sean. De modo que, adelantándose un paso, acercó la rodilla al traste de la mujer y esperó. Bastó que la mujer retrocediera, al incorporarse, para que encontrara el obstáculo. Vaciló. Se fue al suelo. Volvió una cara perpleja, tan perpleja que la nena, sucia de migas, estalló en una risotada. Desde un autobús, dos docenas de pasajeros se interrogaban sobre los escalafones de la realidad cotidiana. En el asfalto, entre tanto, había brotado un crisantemo. Isidore Ducasse, poeta y conde de Lautrémont, que pasaba por ahí, cortó el crisantemo con una navajita y, en vez de dárselo a la nena, se lo comió pétalo a pétalo.

LA DEMOCRACIA POR LA BOCA NACE

(Por Marcos Aguinis) Quienes de vez en cuando nos visitan, se asombran por los cambios que se operan en nuestro lenguaje. Ese asombro es legítimo porque es cierto que se producen cambios. Y ese asombro es también ingenuo porque nuestro lenguaje —todo lenguaje— expresa la metamorfosis de una sociedad. Los argentinos *no* hablamos igual que hace unas décadas. Ciertos giros que se gatillaban como tics hace poco más de un lustro ya no se oyen y en su lugar escuchamos otros. En todos los casos son la manifestación de lo que se intenta decir y, al mismo tiempo, de lo que se intenta ocultar.

Quien pretende hacer hoy un estudio sobre la evolución de nuestro lenguaje y, grabador en mano, recoge múltiples expresiones, se alegra de comprobar que ya no es tan frecuente el "no te metás" o el "por algo será". Felizmente se ha extinguido casi la exclamación atroz que identificaba nuestro gentilicio con el egoísmo y la cobardía: "yo, argentino".

Perduran, sin embargo, manifestaciones de otro tiempo. Sabemos que el autoritarismo necesita de la pobreza intelectual, la absoluta certidumbre, la uniformidad de opiniones. Tiene horror a la diferencia porque es vista como el pequeño gusano que horada el andamiaje rígido. Por lo tanto sólo hay *una verdad* —que es la dominante y la de uno—. En el lenguaje cotidiano que se puede recoger durante la presente jornada abundan palabras como "esencia", "*la* verdad" o "*naturalmente cierto*". Es una indirecta asociación con el absoluto al que anhelamos pertenecer y que, en retribución, nos protege e ilumina. En muchos casos esas palabras tienen una aplicación adecuada y en muchos —si observamos con atención frases y contexto— remiten a un deseo profundo de estructura aseguradora y pétrea.

Con el avance de la mentalidad democrática se ha generado una nítida ambivalencia. Mientras por un lado es real que se cimenta una maduración progresiva, que existe un consenso por el sistema —pese a sus dificultades— como nunca hubo en el pasado, por el otro se escapan frases que vienen de otra época y de otra mentalidad. Por ejemplo, la frecuente invocación a la coincidencia sin fisuras, la unidad fantástica, el "todos estamos de acuerdo". En una democracia nunca vamos a estar todos de acuerdo sino en las reglas del sistema. La democracia no es una teología ni una concepción de la historia: es simplemente la más respetuosa forma de convivencia que hasta ahora ha conseguido inventar el hombre. Se caracteriza porque legitima la diferencia, el pluralismo, el *no* estar de acuerdo. Jerarquiza la diversidad por sobre la uniformidad.

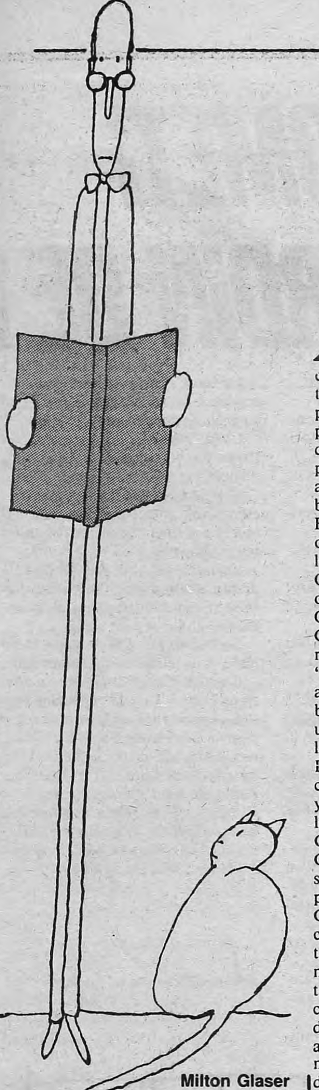
Aún subsiste con obstinación el punto de vista vertical, propio del autoritarismo. No se trata de la autoridad reconocida, sino de la *subordinación* pertinaz. El que está abajo es en realidad el "enano fascista", es el que espera que le "bajen líneas". Que padece un humillante sometimiento y se compensará sometiendo cuando pueda, y de la peor forma, al que está por debajo de él. Coincidentes con estas expresiones persisten algunas como "elevar" un pedido, o decir "si el ministro no tiene la solución... ¿para qué está? que lo cambien; yo ya voté". Este último párrafo se enlaza, tristemente, con el "yo, argentino" en desuso. Quiere decir: que se ocupe otro, especialmente el que está "arriba". En forma indirecta acepta el ominoso mandato de reconocer inferioridad e impotencia, restándole sólo la protesta o el lamento. Típicamente autoritario.

Más notable aún es la regresión escolar que exhibe nuestro lenguaje a partir del momento en que se conquistan amplias franjas de libertad de expresión. El agrietamiento de los muros dejó entrar brisas frescas y permitió aventurar la imaginación y los actos más allá de los límites que toleraba el clima represivo anterior.

Pero esta libertad no sólo era muy deseada sino temida. A sus peligrosas tentaciones, entonces, se las empezó a combatir con el horror al libertinaje y una grotesca regresión *escolar*. Un nuevo y sutil "se puede" o "no se puede" ha invadido nuestro lenguaje. Ahora es frecuente aplicar a las situaciones más dispares la palabra "prolijo", "improlijo" o "desprolijidad", como si tuviésemos que lucir un cuaderno ante la maestra. También se dice "me bocharon" el proyecto. Hasta encumbrados funcionarios suelen confesar sin pudor: "Tengo que hacer los deberes". Y cuando se alegran con una excelente realización exclaman: "¡Diez puntos!"

Llega el final de la jornada y el investigador reflexiona. Hay cambios, realmente: eso es bueno. Perduran expresiones autoritarias y nacen otras de contención escolar. El pueblo argentino evoluciona, se debate, avanza arrastrando lastres. No podía ser de otra forma. Estas dificultades testimonian el peso del lastre. También testimonian la realidad del esfuerzo y los méritos que debemos reconocer a los lentos e irrevocables cambios.

EL DIA QUE LOS POLITICOS LEYERON



Milton Glaser

(*Por Mempo Giardinelli*) Supo que iba a despertarse porque ese sueño le gustaba más y más. En el transcurso de esa noche feliz, la clase política argentina brillaba por su preparación, por su cultura. El candidato Eduardo Angeloz, además de publicar un par de libros con sus ideas para cuando fuera presidente, había leído la última gran novela de Fernando Del Paso, frecuentado la obra de Milan Kundera, dominaba las poesías de Valéry y de Juan L. Ortiz, estaba al tanto de las últimas obras de Roberto Cossa, de Olga Orozco y de Alberto Girri. Antonio Cafiero, además de su programa de radio en el que charlaba con algunos "famosos" de no muy brillantes ideas y en algunos casos dueños de turbios pasados, se preparaba para ser un presidente moderno y culto, para lo cual había terminado de releer a Italo Calvino, reforzaba sus sólidos conocimientos acerca de Juan Rulfo y de la poesía de T. S. Eliot, sus libros de cabecera eran las obras de Cervantes, de Rabelais y de Antonio Gramsci, visitaba cada tanto el Museo Nacional de Bellas Artes y era experto en Rembrandt y en Mahler. Carlos Saúl Menem, además de correr rallies, de su entrañable amistad con el dictador Alfredo Stroessner y de estar al frente en las encuestas de popularidad, se entusiasmaba con la obra de Augusto Roa Bastos y de Rubén Bareiro Saguier, estudiaba a Michel Foucault y leía por las noches —escuchando a Joseph Haydn— *La mulata y el guerrero*, de Pedro Orgambide, y cada tanto a Piglia y a Sabato. Alvaro Alsogaray, además de experto en augurios apocalípticos y fórmulas económicas salvadoras, lo era en pintura argentina del diecinueve, admiraba a Camus y a Faulkner y leía en sus ratos libres los ensayos de Oscar Terán, de Juan Carlos Portantiero y de José Aricó; se preparaba para ser un presidente culto como este país no lo tenía desde Sarmiento. La izquierda argentina se había unido y, sin sectarismos, se aplicaba a revisar el Siglo de Oro español, la gauchesca, y releía sesudamente las polémicas entre Alberdi y Sarmiento, además de estudiar las obras completas de Borges y de Juan Filloy, y la extraordinaria, reciente cuentística de Silvina Ocampo.

Todos tenían preparado un proyecto de Ley del Libro, otro de Promoción de la Industria Editorial, otro de Fomento a la Lectura, otro de Rescate y Consolidación de las Bibliotecas Públicas Nacionales. Naturalmente, iban a terminar de una vez con la vergonzosa postergación del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. Había otros proyectos en danza: el del Libro de Texto Primario Gratuito (a imprimirse en prensas privadas y estatales), el de Preservación del Patrimonio Pictórico y Arqueológico, y las leyes de Cine, del Disco, de Museos, y muchas más que significarían la concreción de una política cultural para esta nación.

Por su parte, diputados y senadores, empresarios y sindicalistas, brillaban por su cultura, por su preparación filosófica, por sus conocimientos sobre cine, teatro, pintura, escultura, música clásica y moderna, y todos sabían pronunciar discursos excepcionales pletóricos de ideas, y en los que a cada crítica seguía una propuesta. El país estaba inundado de ideas nuevas, originales, audaces, reformadoras. Los intelectuales eran convocados y consultados por diputados y senadores, empresarios y sindicalistas, para que aportaran sus conocimientos y su talento. La crisis económica era grave, sin dudas, pero se había acabado con la vileza dictatorial de la Patria Financiera, y todos entendían que la cultura era tan prioritaria como pagar la deuda externa o como la inflación, porque todos habían llegado a entender que ésas también eran cuestiones culturales. Y, claro, la honestidad era un valor supremo, indiscutible, con el que todos los políticos hacían docencia.

Los militares, ah, los militares, no sólo eran demócratas convencidos y ya no pedían imposibles amnistías, sino que mientras estudiaban a Clausewitz también se formaban con Kant y con Hegel, con Marx y Keynes, con Julián Marías y Regis Debray, con Maritain y con Sartre. Es decir, adquirían conocimientos profundos sobre la vida social y la política, destellaban por su cultura general y se preparaban a conciencia para ser el brazo armado de la sociedad en la paz y no en la guerra.

En cuanto a las jerarquías religiosas, eran pluralistas, democráticas, abiertas a las nuevas ideas, se modernizaban con una vasta cultura y un ejercicio de la tolerancia, descreyendo de su pasado de imaginación calvinista que a todo atribuye pecados, frase que es de Melville y que se metió, metafórica, en el sueño de José K.

En el momento en que se iba a despertar, algo le dijo que era un sueño equivocado. Que la vigilia sería, en realidad, una pesadilla de mediocridad, improvisación, y carencia de ideas; de lugares comunes y clichés reiterados, de superficialidad, frivolidad y mezquindades.

Pero no pudo evitar despertarse. Descubrió, con azoro, que no se había convertido en un enorme escarabajo con una manzana en el lomo. Seguía siendo un ciudadano, de este país, de este tiempo. Entonces se afeitó y se fue a trabajar. En la oficina leyó el **Página/12**, y comprobó que su sueño había sido idiota. Encima su jefe, el subdirector (un señor gordo, de nariz burocrática y de hábitos redondeados por un siglo de inoperancia y expedientes) le recriminó que hubiera soñado lo que soñó: "Usted es un imbécil aun en su mundo onírico", le ladró. Y cuando vinieron a buscarlo para llevárselo detenido, sin que supiera por qué, José K. escuchó que su jefe, dirigiéndose a la rubia de "Informes", hacía un comentario despectivo:

—Mala madera —dijo enojado el subdirector.

JUAN Y PINCHAME VOLVIERON DEL RIO

(*Por Juan Sasturain*) Se sabe: Juan y Pinchame fueron al río y Juan se ahogó. Quedó Pinchame. Ay. Pero no es sólo eso: hay detalles, una historia en varias partes que me duele en varias partes. Ay. Aquella tarde primera en el balneario La Balandra, por ejemplo: Juan había conseguido a fuerza de labia y facha adolescente el concurso de dos minitas quilmeñas, gritonas y asustadizas que intentaba arrastrar, en algún momento de la tarde, hacia los yuyos adyacentes al kiosco de panchos y cocas tibias. Su amigo Beto Pinchame contrapesaba ostentando una timidez rayana en el pánico, granitos muy manoseados, una espalda pura vértebra, blancura y silencio; el cigarrillo como única erección posible. A las cinco en punto y con el toro sin matar, Juan se jugó en la ostentosa, largó la toallita al cuello, desdeñó las patas de rana y confiado en el minuto y monedas para los cien libres en la pileta de Independiente enfrentó las aguas del Más Ancho del Mundo como si quisiera cuerear su piel de león, hacerse una pilcha a lo Tarzán luego de cruzarlo ida y vuelta o por lo menos. O por lo menos deslumbrar, desvirgar a una —o las dos— asustadizas.

—¿Venís, Beto?

—No. Me quedo —dijo Pinchame inaugurando un gesto, una actitud ante la vida, una estrategia despreciable y efectiva.

Y Juan se fue río adentro y Beto se quedó hasta que atardecía sin noticias. Sólo *Crónica*, al otro día, explicó que Juan se ahogó y quedó Pinchame. Quedó y se quedó con una de las minas —Susana, la gordita—. Tienen dos nenas y viven en Belgrano R.

Sosa y Pinchame fueron a la cancha. Sosa se envolvía en la bandera, colgado de la popular; Beto tenía un escudito reversible, una platea alta, un catalejo fiel. Cuando las mangueras regaban el calor popular y las puteadas, Sosa sudaba los peldaños, se vertía a gotas, a chorros; Pinchame se puso las galochas para no pisar el pis que desbordaba, imprevisible como todos los desbordes... Hasta que un día Sosa se puso el gorro de colores y subió a un camión seguidor hasta Córdoba o Calcuta, algún lugar o confín de visitante:

—¿Venís, Beto?

—No. Yo me quedo —dijo Pinchame que siempre prefería ser local, tener local y ser localizado.

De más está decir que Sosa cayó en su puesto de grito con infarto y afonía de consonantes duras. Beto es vocal de la comisión directiva saliente, la que infructuosamente seguirán investigando.

Julio y Pinchame fueron a la Facultad. Compartían las bolillas, las trasnoches junto al libraco, el café, las aulas magnas y las magnas asambleas entre consignas. Un día, un año, Julio escuchó el canto de las sirenas y salió a la calle; cuando Beto escuchaba el vibrato de las sirenas policiales se metía en el bar, en el libro de cabeza, bajo fuego y bajo tierra... Una vez Julio se pudrió de todo y llevaba un bolso pesado, estaba de pie, se iba:

—¿Vamos, Beto?

—No. Yo me quedo —dijo Pinchame y le estaban firmando el diploma, la plomada, ponía un estudio para el que había estudiado. Lo tenía todo. Y Julio se fue esfumando hasta desaparecer desaparecido, y Pinchame iba apareciendo hasta aparecer: en las fotos, en los directorios junto a, en las encuestas antes de. Hoy lo consultan en una consultora y lleva libros truchos por Belgrano.

Pinchame y yo fuimos al banco. Ayer, sobre la guillotina de la quincena. Yo iba a cobrar una colaboración que colaboraba poco: apenas para la cuenta del teléfono; Beto sacaba dólares, los extraía de un saque y sin anestesia, conejos verdes que se habían reproducido en su ausencia. Al salir me vio el gesto, la saliva dificultosa:

—¿Qué te pasa, Juan?

—Simple: me ahogo —y señalé la garganta, el banco, el país, el cuento de Juan y Pinchame en su último avatar.

Beto sonrió comprensivo y me mostró pasajes lejos, definitivos sin escalas ni regreso:

—¿Venís, Juan?

—No, me quedo —dije yo, dijo Juan por mí.

Ay.

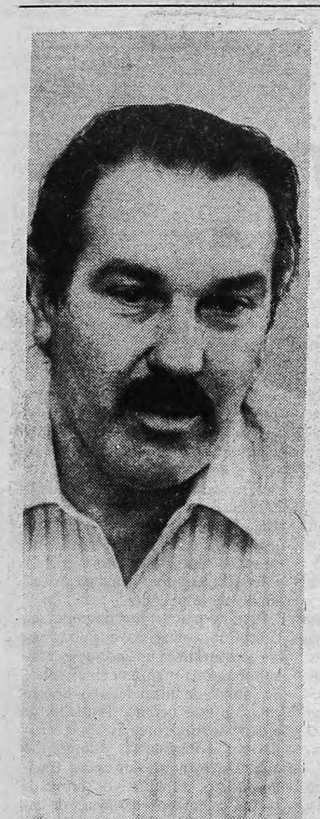
Por Noé Jitrik

Aumentación: El perro

En la ciudad
silenciosa
y abandonada
si es posible una ciudad
abandonada
y en una plaza
desierta
un animal
que no es mitológico
y ni siquiera lógico
que no es fruto
de la soledad
sino un simple
y delicado perro
traza el laberinto
arbitrario
de la desgracia
aunque por su empeño
gratuito
parece que es más
el de la desdicha
en esas líneas
trabadas
bellacamente
el ser
se puede perder
amenazado
el ser no se quiere
perder
no quiere ser
otro ser
y orondo aparecer
en el fin del ojo
del laberinto que traza
arbitrario
un delicado y simple
animal
que no quiere ser aquí
sino en un desierto
quizás
abandonado
en el que el ser
indeciso y frágil
amenazado
será arrastrado
a un hueco
que no es hueco de aquí
sino de su propio ser
de lugar.

Tema: La puerta

La desgracia
o la desdicha
no debería ser
convocada
puertas adentro
a propósito del ser
frágil
de un ser
incierto y confuso
metido en sus límites
guardado
en las ropas que salvó
quizás
de un naufragio
no debería ser
invitada
la desgracia
cortésmente
a franquear
como se suele decir
una puerta
por el contrario
debería ser
alejada
recluida en los páramos
secos
donde sacude el viento
incluso se debería
darle con la puerta
como suele decirse
en las narices
sin consideración
más aún
por el contrario
lo que debería ser
guardado
es la luz
puertas adentro
y el calor del ser
metido en sus límites
de ser
guardado
en sus ropas.


Defensor del pueblo Cartañá. Lucha contra la corrupción, sus secretarios y la computadora.

Un día del defensor del pueblo

NUNCA TE PROMETI UN JARDIN DE

(*Por Roberto Cossa*) Despacho del Defensor del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Es un ámbito sórdido, oscuro y desvencijado. En el centro se destaca, como algo fuera de lugar, una enorme y moderna computadora. En un costado ha sido colocada una estatua de Juan B. Justo.

Al comenzar la acción está el escribano Cartañá sentado frente a su escritorio. Su cansancio es evidente. En otro sector, una viejecita vestida de negro se mece en un sillón vienés. En off se escuchan las voces del Coro.

Coro: —Gasas en los hospitales... tizas en las escuelas... panteones en el cementerio... baldosas en las veredas... asfalto en las calles... ¡Queremos justicia!

Cartañá se levanta abruptamente y va hacia la estatua de Juan B. Justo.

Cartañá: —¡Maestro...! El pueblo me pide que haga justicia. ¿Qué debo hacer?

Juan B. Justo: —Prohiba el cigarrillo.

Cartañá (Desconcertado): —¿Cómo, maestro?

Juan B. Justo: —Que prohíba el cigarrillo, el alcohol y el juego.

Cartañá: —No puedo, maestro. No tengo facultades constitucionales para prohibir nada.

Juan B. Justo: —Haga la Revolución.

Cartañá (Más desconcertado) —¿Cómo la Revolución? ¿Qué Revolución?

Juan B. Justo: —¿Es usted socialista?

Cartañá: —Sí, pero democrático.

Juan B. Justo: —En octubre de 1917, cuando en el mundo nadie formulaba un mensaje claro a los trabajadores, lanzamos nuestra proclama socialista: los peores enemigos de los trabajadores son el cigarrillo, el alcohol y el juego. ¡Prohíbalos, Castañá!

Cartañá: —Cartañá, maestro... ¡Car-ta-ñá!

Coro: —Queremos fumar... queremos chupar... queremos jugar...

En ese instante, la computadora comienza a emitir sonidos posmodernos. Cartañá, ansioso, va hacia su escritorio y aprieta el intercomunicador.

Cartañá (Por el intercomunicador): —Secretarios... secretarios... (*Pausa*) ¡Me c...! ¡Esta m... no funciona!

Coro: —Queremos putear... queremos putear...

Cartañá (Se asoma a una ventana y hace bocina con las manos): —¡Secretarios...! ¡Se-creta-rios...!

Ingresan dos hombres vestidos de negro.

Secretario I: —Compañero escribano...

Secretario II: —Diga, correligionario...

Cartañá (Señala la computadora): —Nos está llamando... Algo quiere denunciar...

Secretario I aprieta un botón y la computadora comienza a hablar en inglés.

Cartañá (A los secretarios): —¿Alguno de ustedes entiende inglés?

Secretario I: —Voy a llamar al Secretario de la UCeDé.

Sale y reingresa de inmediato con Secretario III.

Cartañá (A Secretario III): —Traduzca.

Secretario III escucha un instante.

Secretario III: —Dice que hay un bache en Broadway y la 42 y desperdicios en las veredas del Central Park.

Cartañá (Con estupor): —Pero eso es en Nueva York...

Secretario III: —Y qué quiere, escribano... La computadora es norteamericana.

Cartañá: —¡Por dios, con minúscula!

Cartañá, nervioso, se coloca a espaldas de la estatua de Juan B. Justo y enciende un cigarrillo.

Coro: —Basta de burocracia... Basta de burocracia... ¡Queremos justicia!

Cartañá, eufórico, va hacia el escritorio, toma una carpeta y la agita hacia el lugar de donde llegan las voces del Coro.

Cartañá: —¡Aquí está mi plan de desburocratización! (*A los secretarios*) ¡Comuníqueme con el Intendente!

Secretario I: —Lo lamento, escribano. Los teléfonos no funcionan.

Cartañá (Extiende la carpeta a Secretario I): —Llévela personalmente.

Secretario I (Toma la carpeta y se la pasa a Secretario II): —Lo siento, escribano. Me acaba de llamar el diputado Manzano... (*Se justifica*) Falta uno para el truco. (*Sale*)

Secretario II (Pasa la carpeta a Secretario III): —Yo tampoco... Tengo que atenderle al Coti el kiosco de Callao y Santa Fe... (*Sale*)

Escabroso drama entre hermanos amantes

LA MATO

(*Por Sergio Sinay*) La confesión del culpable podría agregar nuevos motivos de horror al estado de ánimo que prevalece en la localidad de Lanús, en el sur del Gran Buenos Aires, luego del crimen pasional que sacudió al vecindario durante el fin de semana.

"Nuestros padres eran distintos, pero teníamos la misma madre. Mamá conoció primero al de ella y él la abandonó ni bien quedó embarazada. El mío murió en un accidente cuando yo tenía cuatro años. Era como si no hubiéramos tenido padre. Eran distintos, pero daba igual. A nosotros nos crió mamá."

Como se recordará, Carlos A., argentino, de 40 años, mató a su hermana, Rosa J., de la misma nacionalidad y de 42 años, asfixiándola con una almohada sobre la cama del dormitorio de la mujer.

"Nuestra madre trabajaba todo el día y nosotros nos criamos muy unidos. Rosa me cuidaba, me ayudaba en las tareas de la escuela, me bañaba, me peinaba. Ella y nuestra mamá iban todos los domingos a la iglesia. Eran muy devotas. Yo las esperaba en casa, no me gustaba demasiado escaparme con los otros pibes. Me sentía bien en casa, no tenía muchos amigos."

El cadáver fue hallado en la mañana del domingo por una comadre de Rosa, que enseñaba catecismo con ella en la parroquia de la vecindad. La víctima se hallaba desnuda sobre el lecho revuelto; en sus ojos perduraba aún el horror y en su cuerpo el médico forense encontró signos de que había mantenido relaciones sexuales.

"Rosa me explicaba siempre lo del pecado y me cuidaba para que yo no ofendiera al Señor. Cuando terminó la secundaria no pudo seguir estudiando pero empezó a trabajar con unas monjas en una villa de aquí cerca. Y cuando yo terminé el sexto grado mi mamá me dijo que tendría que salir a trabajar para ayudarlas."

El hecho, en principio, no tuvo explicación para los investigadores ni para los vecinos, puesto que Rosa era una mujer muy creyente y de conducta absolutamente recatada. Con discreción, algunas comadres comentaron que se sospechaba que jamás había tenido relaciones con hombre alguno.

"Entonces Rosa habló conmigo. Me dijo que ahora que iba a salir y andar por ahí, que me cuidara mucho de todas las tentaciones y en especial de las mujeres. Me insistió en que son el demonio, la perdición del hombre, la fuente de todos los males, la puerta de la maldición. Al principio pude hacerle caso, pero después yo crecía y crecía y me costaba cada vez más mantenerme casto. Sufría mucho y se lo dije."

El asombro de la vecindad creció hasta límites indescriptibles cuando, en la tarde de ese mismo domingo, el asesino se presentó voluntariamente en la comisaría del lugar y confesó su horrible acción.

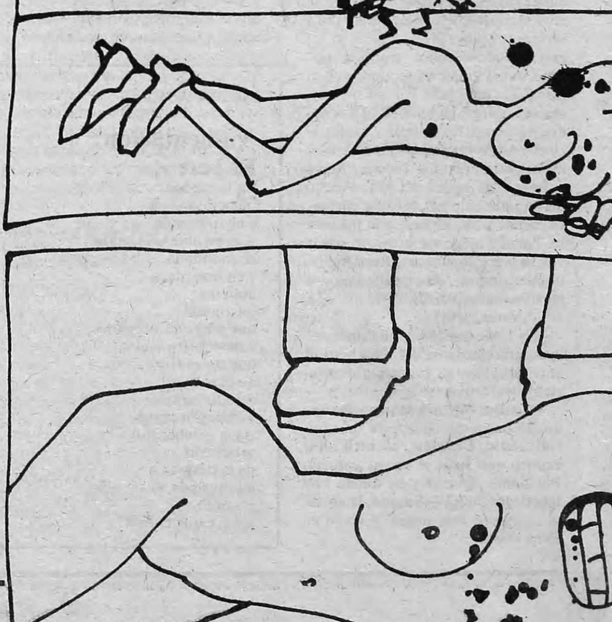
"Ella tenía dieciséis años y yo catorce. Me dijo que me entendía y que lo importante era mantenerme a salvo de los demonios. Me dijo que ella se iba a sacrificar. Una siesta, cuando nuestra madre estaba trabajando afuera, fuimos al cuarto del fondo. Se desnudó, me pidió que la imitara. Después dijo que no tuviera miedo, que le hiciera a ella todo lo que deseaba con otras mujeres. Que de esa manera el Señor comprendería y todo sería más puro."

Incluso los agentes del orden, habituados a las conductas más horrendas, se quedaron sin habla cuando Ramón A., presa de una crisis de nervios, dijo que el asesino era él.

"Yo nunca me casé. Trabajé en muchas cosas en mi vida. Ahora era mozo en un restaurante de la Capital. Me fui a vivir solo, pero nunca dejé de verlas. Menos después de la muerte de mi mamá. Yo venía todos los fines de semana y seguíamos haciendo lo mismo que aquella vez en el cuartito. Así los dos nos protegíamos de la tentación. Eso ocurrió durante todos estos años. Ultimamente la vi cambiada, como nerviosa, ya le gustaba menos hacer eso conmigo. Y el sábado me dijo que no seguiríamos más, que había decidido entregarse al Señor. No sé qué me pasó. Creo que me volví loco. Esta tarde me desperté, fui recordando y vine aquí, a contarlo todo. No me quiero escapar ni nada de eso. Quiero mi castigo. El Señor me comprenderá. Yo ya no deseo nada. No podría soportar un fin de semana ahora que ella no está. Me sentiría muy solo ante la tentación."

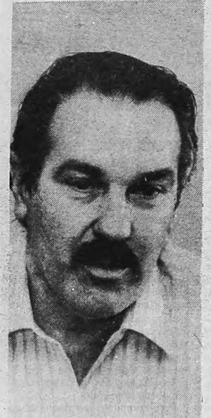
Si bien el grave hecho de sangre está esclarecido y el chacal permanece entre rejas, los vecinos no se resignan ante semejante aberración.





Un día del defensor del pueblo

NUNCA TE PROMETI UN JARDIN DE ROSAS



Defensor del pueblo Cartañá. Lucha contra la corrupción, sus secretarios y la computadora.

(*Por Roberto Cossa*) Despacho del Defensor del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. Es un ámbito sórdido, oscuro y desvencijado. En el centro se destaca, como algo fuera de lugar, una enorme y moderna computadora. En un costado ha sido colocada una estatua de Juan B. Justo.

Al comenzar la acción está el escribano Cartañá sentado frente a su escritorio. Su cansancio es evidente. En otro sector, una viejecita vestida de negro se mece en un sillón vienés. En off se escuchan las voces del Coro.

Coro: —Gasas en los hospitales... tizas en las escuelas... panteones en el cementerio... baldosas en las veredas... asfalto en las calles... ¡Queremos justicia!

Cartañá se levanta abruptamente y va hacia la estatua de Juan B. Justo.

Cartañá: —¡Maestro...! El pueblo me pide que haga justicia. ¿Qué debo hacer?

Juan B. Justo: —Prohiba el cigarrillo.

Cartañá (Desconcertado): —¿Cómo, maestro?

Juan B. Justo: —Que prohíba el cigarrillo, el alcohol y el juego.

Cartañá: —No puedo, maestro. No tengo facultades constitucionales para prohibir nada.

Juan B. Justo: —Haga la Revolución.

Cartañá (Más desconcertado) —¿Cómo la Revolución? ¿Qué Revolución?

Juan B. Justo: —¿Es usted socialista?

Cartañá: —Sí, pero democrático.

Juan B. Justo: —En octubre de 1917, cuando en el mundo nadie formulaba un mensaje claro a los trabajadores, lanzamos nuestra proclama socialista: los peores enemigos de los trabajadores son el cigarrillo, el alcohol y el juego. ¡Prohíbalos, Castaña!

Cartañá: —Cartañá, maestro... ¡Car-ta-ñá!

Coro: —Queremos fumar... queremos chupar... queremos jugar...

En ese instante, la computadora comienza a emitir sonidos posmodernos. Cartañá, ansioso, va hacia su escritorio y aprieta el intercomunicador.

Cartañá (Por el intercomunicador): —Secretarios... secretarios... (*Pausa*) ¡Me c...! ¡Esta m... no funciona!

Coro: —Queremos putear... queremos putear...

Cartañá (Se asoma a una ventana y hace bocina con las manos): —¡Secretarios...! ¡Se-creta-rios...!

Ingresan dos hombres vestidos de negro.

Secretario I: —Compañero escribano...

Secretario II: —Diga, correligionario...

Cartañá (Señala la computadora): —Nos está llamando... Algo quiere denunciar...

Secretario I aprieta un botón y la computadora comienza a hablar en inglés.

Cartañá (A los secretarios): —¿Alguno de ustedes entiende inglés?

Secretario I: —Voy a llamar al Secretario de la UCeDé.

Sale y reingresa de inmediato con Secretario III.

Cartañá (A Secretario III): —Traduzca.

Secretario III escucha un instante.

Secretario III: —Dice que hay un bache en Broadway y la 42 y desperdicios en las veredas del Central Park.

Cartañá (Con estupor): —Pero eso es en Nueva York...

Secretario III: —Y qué quiere, escribano... La computadora es norteamericana.

Cartañá: —¡Por dios, con minúscula!

Cartañá, nervioso, se coloca a espaldas de la estatua de Juan B. Justo y enciende un cigarrillo.

Coro: —Basta de burocracia... Basta de burocracia... ¡Queremos justicia!

Cartañá, eufórico, va hacia el escritorio, toma una carpeta y la agita hacia el lugar de donde llegan las voces del Coro.

Cartañá: —¡Aquí está mi plan de desburocratización! (*A los secretarios*) ¡Comuníqueme con el Intendente!

Secretario I: —Lo lamento, escribano. Los teléfonos no funcionan.

Cartañá (Extiende la carpeta a Secretario I): —Llévela personalmente.

Secretario I (Toma la carpeta y se la pasa a Secretario II): —Lo siento, escribano. Me acaba de llamar el diputado Manzano... (*Se justifica*) Falta uno para el truco. (*Sale*)

Secretario II (Pasa la carpeta a Secretario III): —Yo tampoco... Tengo que atenderle al Coti el kiosco de Callao y Santa Fe... (*Sale*)

Secretario III (Le entrega la carpeta a Cartañá): —Y yo tengo que llevar al colegio a las nietas del ingeniero Alsogaray. (*Sale*)

Cartañá queda parado en el centro del escenario, con la carpeta en la mano y su gesto de desconcierto. Un instante después irrumpen otros tres hombres vestidos de negro.

Hombre I: —Somos los secretarios del Intendente. Venimos a buscar el plan de desburocratización.

Le saca la carpeta de la mano y se retiran. Antes de salir, el Hombre II se acerca a Cartañá y le habla confidencialmente.

Hombre II: —¿Quiere que le diga una cosa? A mí... ¡a mí! los socialistas me caen bien. Son decentes. (*Sale*)

Cartañá, como un autómata, enciende un cigarrillo, abre el cajón del escritorio, saca una botella de ginebra y se la bebe de un trago. La estatua de Juan B. Justo se desmorona. Borracho, Cartañá dirige por primera vez la mirada hacia la viejecita, que parece dormitar. Se arrodilla frente a ella y apoya la cabeza en su regazo.

Cartañá: —Madre... Madre... ¿Qué puedo hacer?

La viejecita le acaricia las sienes con ternura.

Madre: —¿Viste, nene? Eso te pasa por hacerte el ombudsman.

TODOS SOMOS GOROSITO

TELAM

Gorosito y un merecido homenaje a los que pudieron pero no fueron.

(*Por Pacho O'Donnell*) ¿Alguna vez imaginó usted lo que debe ser buscar la pelota junto al alambrado, a pocos centímetros de hinchas rivales vociferantes y escupidores? ¿O la odisea que significa llegar o partir de cada cancha ajena, desfilando entre la "barra brava" contraria? El "caso Zacarías", con venas y nervios seccionados y un joven milagrosamente salvado de la muerte pero casi seguramente impedido de continuar airosamente con su profesión, es sólo una exageración dentro de lo exagerado.

Para ser un jugador de fútbol destacado, hoy, no es sólo necesario estar dotado de rioplatense habilidad y de contar con un formidable entrenamiento físico, sino también de munirse con ciertas particularidades psicológicas imprescindibles. Por ejemplo: un goleador ¿puede serlo sin la capacidad de librar esa batalla despiadada y desleal que bulle en el área cada vez que un centro aterriza cerca del arco? Baste con recordar la casi tragedia del "Checho" Batista hace pocas semanas... En ese mismo sentido, es obvio que para ganarse un buen lugar como defensor es indispensable conocer los secretos de cómo provocar terror en los atacantes rivales. ¿Acaso no es eso lo que se hace todos los domingos con un Caniggia o un Barberón?

¿Sabía usted que quienes concurren a los entrenamientos durante los días de semana son, mayoritariamente, los integrantes de las "barras bravas"? Y ésos son los momentos de los "aprietes".

—Si el domingo no dejás el corazón en la cancha tené cuidado con tu mujer y tus pibes —me contaba un reconocido mediocampista que le habían descerrajado esa misma mañana.

Personajes éstos de las "barras bravas" que en su versión degradada de la vida y de sus avatares que incapaces de comprender una baja actuación. O una excelente actuación de algún wing rival que deja desairado a su marcador lateral. "Soborno", es la sospecha que aparece inmediatamente. "Ir para atrás".

—Vas a ir para adelante o te matamos.

Esos seres a quienes jamás se les ocurriría ir a la City a denunciar la verdadera corrupción (o a algún ministerio...), a acosar a quienes son los verdaderos responsables de su vida miserable, son en cambio implacables con quienes provienen de su compartido origen de pobreza y cuyo accionar es absolutamente público, ya que transpiran a la luz del sol y delante de tribunas pobladas (o cada vez menos pobladas porque no cualquiera sirve para espectador...)

La rabia, como producto colectivo de la injusticia social y la arbitrariedad, encuentra en el "fóbal" una derivación ingenua que hace de los jugadores sus víctimas. Son ellos quienes también deben asumir las expectativas de éxito de quienes han sido condenados por la sociedad a la humillación y a la delincuencia. El "ganar" o "perder" como valores abismales y "delegados" o ganan o los "hacemos".

No distante de esto: los dirigentes. Empresarios habitualmente inexpertos, encaramados al mando de empresas complejas como son los clubes de fútbol, manejando grandes cifras de dinero que les son ajenas, y con capacidad de ejercer relaciones arbitrarias y de seductora "superioridad" con sus subordinados, los famosos futbolistas ¿cuántas carreras profesionales se han visto tronchadas, dificultadas o achatadas por "conflictos" entre dirigentes y jugadores? Recordemos a Gareca, por ejemplo. Imagine usted lo difícil que debe ser mantenerse en la cresta de la ola en un grupo institucionalmente psicótico, como son muchas veces los clubes de fútbol. Que anuncian, como en el caso del Boca de hoy, ya a mitad de año, que están interesados en la compra de determinado jugador que ocupará la misma plaza que usted desempeña en su primer equipo...

Estas son sólo algunas reflexiones insuficientes, que podrían ir dedicadas a tantos talentosos futbolistas a quienes no les alcanzó sólo con su capacidad y su pasión y que fueron desvaneciéndose en el olvido por no contar con las acorazadas características psicológicas loables y no loables, necesarias para el profesionalismo. En especial, y como homenaje personal de riverplatense, a ese deslumbrante jugador de las inferiores, Gorosito, pichón de crack a quien las noticias periodísticas del día lo incluyen oscuramente en un trueque de "liquidación".

Rematemos: en la Argentina de hoy, salvo financistas y operadores, la inmensa mayoría somos Gorosito. No nos alcanza para llegar a mantenernos en Primera...

Escabroso drama entre hermanos amantes

LA MATO

(*Por Sergio Sinay*) La confesión del culpable podría agregar nuevos motivos de horror al estado de ánimo que prevalece en la localidad de Lanús, en el sur del Gran Buenos Aires, luego del crimen pasional que sacudió al vecindario durante el fin de semana.

"Nuestros padres eran distintos, pero teníamos la misma madre. Mamá conoció primero al de ella y él la abandonó ni bien quedó embarazada. El mío murió en un accidente cuando yo tenía cuatro años. Era como si no hubiéramos tenido padre. Eran distintos, pero daba igual. A nosotros nos crió mamá."

Como se recordará, Carlos A., argentino, de 40 años, mató a su hermana, Rosa J., de la misma nacionalidad y de 42 años, asfixiándola con una almohada sobre la cama del dormitorio de la mujer.

"Nuestra madre trabajaba todo el día y nosotros nos criamos muy unidos. Rosa me cuidaba, me ayudaba en las tareas de la escuela, me bañaba, me peinaba. Ella y nuestra mamá iban todos los domingos a la iglesia. Eran muy devotas. Yo las esperaba en casa, no me gustaba demasiado escaparme con los otros pibes. Me sentía bien en casa, no tenía muchos amigos."

El cadáver fue hallado en la mañana del domingo por una comadre de Rosa, que enseñaba catecismo con ella en la parroquia de la vecindad. La víctima se hallaba desnuda sobre el lecho revuelto; en sus ojos perduraba aún el horror y en su cuerpo el médico forense encontró signos de que había mantenido relaciones sexuales.

"Rosa me explicaba siempre lo del pecado y me cuidaba para que yo no ofendiera al Señor. Cuando terminó la secundaria no pudo seguir estudiando pero empezó a trabajar con unas monjas en una villa de aquí cerca. Y cuando yo terminé el sexto grado mi mamá me dijo que tendría que salir a trabajar para ayudarlas."

El hecho, en principio, no tuvo explicación para los investigadores ni para los vecinos, puesto que Rosa era una mujer muy creyente y de conducta absolutamente recatada. Con discreción, algunas comadres comentaron que se sospechaba que jamás había tenido relaciones con hombre alguno.

"Entonces Rosa habló conmigo. Me dijo que ahora que iba a salir y andar por ahí, que me cuidara mucho de todas las tentaciones y en especial de las mujeres. Me insistió en que son el demonio, la perdición del hombre, la fuente de todos los males, la puerta de la maldición. Al principio pude hacerle caso, pero después yo crecía y crecía y me costaba cada vez más mantenerme casto. Sufría mucho y se lo dije."

El asombro de la vecindad creció hasta límites indescriptibles cuando, en la tarde de ese mismo domingo, el asesino se presentó voluntariamente en la comisaría del lugar y confesó su horrible acción.

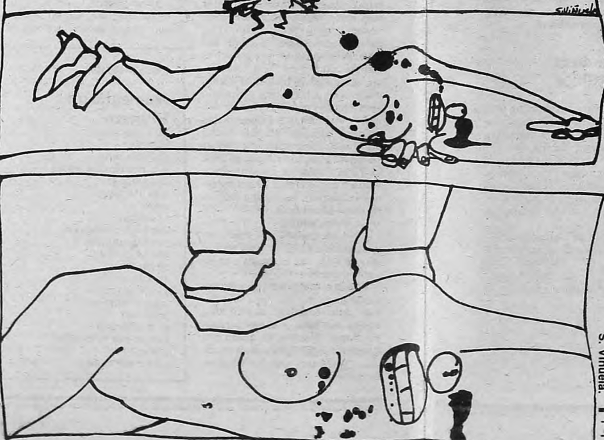
"Ella tenía dieciséis años y yo catorce. Me dijo que me entendía y que lo importante era mantenerme a salvo de los demonios. Me dijo que ella se iba a sacrificar. Una siesta, cuando nuestra madre estaba trabajando afuera, fuimos al cuarto del fondo. Se desnudó, me pidió que la imitara. Después dijo que no tuviera miedo, que le hiciera a ella todo lo que deseaba con otras mujeres. Que de esa manera el Señor comprendería y todo sería más puro."

Incluso los agentes del orden, habituados a las conductas más horrendas, se quedaron sin habla cuando Ramón A., presa de una crisis de nervios, dijo que el asesino era él.

"Yo nunca me casé. Trabajé en muchas cosas en mi vida. Ahora era mozo en un restaurante de la Capital. Me fui a vivir solo, pero nunca dejé de verlas. Menos después de la muerte de mi mamá. Yo venía todos los fines de semana y seguíamos haciendo lo mismo que aquella vez en el cuartito. Así los dos nos protegíamos de la tentación. Eso ocurrió durante todos estos años. Ultimamente la vi cambiada, como nerviosa, ya le gustaba menos hacer eso conmigo. Y el sábado me dijo que no seguiríamos más, que había decidido entregarse al Señor. No sé qué me pasó. Creo que me volví loco. Esta tarde me desperté, fui recordando y vine aquí, a contarlo todo. No me quiero escapar ni nada de eso. Quiero mi castigo. El Señor me comprenderá. Yo ya no deseo nada. No podría soportar un fin de semana ahora que ella no está. Me sentiría muy solo ante la tentación."

Si bien el grave hecho de sangre está esclarecido y el chacal permanece entre rejas, los vecinos no se resignan ante semejante aberración.





S. Viñuela.

UN GINECOLOGO MUY PARTICULAR

(*Por Enrique Medina*) Con la cara húmeda, Theodor Lehrer, ginecólogo de cincuenta y dos años, tres divorcios, cinco hijos y dos nietos, mueve su cuerpo pesado en busca del sueño perdido. Espía por entre las sábanas. Muy suave, la luz comienza a filtrarse por las persianas. En la otra cama, su esposa Virginia duerme lo más bien. Theodor la observa, estudia el sombreado perfil, la frente satisfecha, el pecho bajando y subiendo sin ninguna emoción, la boca entreabierta y el aire moviéndose alrededor de los labios cosquilleándolos en un rumor cortés de mares lejanos. Conoce el aliento de ella; el olor, la temperatura, el sabor de ese aliento que cada vez más está dejando de pertenecerle. Vuelve a girar el cuerpo en busca del eterno sueño. Cierra los ojos como quien ruega el perdón definitivo. El es quien siempre despierta primero, quien tiene tiempo para revisar su vida, un balance incompleto de aspiraciones y abandonos. Hasta que Virginia despierte, Theodor cavila sobre su profesión, su edad y los años activos que le restan, sus ex esposas, la ingratitud de los hijos que despreocupados del afecto se van a quedar con todo lo que a él tanto le costó conseguir, su infancia en los barrios más frágiles de Brooklyn, la constancia de su abuelo para que no dejara de estudiar, los amores, las mujeres, aquellas a las que les ganó y las que le ganaron a él... Siempre creyó que a su edad la vida solamente le ofrecería reconocimientos y una merecida tranquilidad. Supuso que la sangre y la carne estarían aplacadas y no pendientes de extravíos febriles como a los quince años. Pero no ha sido así. Ni aun la ventaja de su profesión —que por algo la eligió—, con situaciones propicias y ligerezas aprovechadas, lo eximió de pasiones y vehemencias eróticas. Theodor odia quedarse despierto en la cama esperando que Virginia abra los ojos. Odia su vida acumulada en Miami, odia su clínica de abortos legales donde más del cincuenta por ciento de los que se realizan son ilegales, odia la indiferencia de Virginia por sus sentimientos, odia a ese hijo que está por nacer... El ginecólogo sabe que hay riesgos. Tiene miedo de que a los treinta y ocho años Virginia —que se niega a los exámenes previos— pueda tener un hijo mogólico. Theodor intervino en una seria cantidad de abortos por este motivo y sabe del sufrimiento de padres que se han arrepentido por no haber desviado a la naturaleza. Pero Virginia ya ha dicho que prefiere un hijo mogólico antes de no tener ninguno. Y desde hace unas dos semanas también lo ha rechazado con el pretexto de que el feto ya tiene más de tres meses. Theodor se seca el sudor con la sábana y hace el ruido habitual en la mesita de luz para que Virginia se vaya despertando. Le gusta verla mientras se despereza. Ama su pelirroja sensualidad y está decidido a recuperar el poder. Otro hombre podría permitirse la derrota, él no, por algo es ginecólogo. Sin hacer ruido sale del dormitorio. Plenamente mujer, Virginia, entre sueños, se humedece los labios. Al rato vuelve Theodor con un maletín y cuerdas y correas. Los acomoda delicadamente sobre el cuerpo de Virginia. Cuando se considera listo le ata un brazo al respaldo de la cama. Ella despierta cuando le ata el otro brazo. Mientras ella se angustia con insultos y preguntas, él le aferra las piernas. Cuando ella se calma, le explica que la violará. Ella se burla, lo escupe y le grita que igual no le hará sentir nada. El ginecólogo Theodor Lehrer le dice —sin gritar— que sí, que va a sentir mucho porque el aborto que le hará posteriormente será sin anestesia. Prende la radio a todo volumen y con una tijera comienza a liberarla del camisón.

OSAS

Secretario III (Le entrega la carpeta a Cartañá): —Y yo tengo que llevar al colegio a las nietas del ingeniero Alsogaray. (*Sale*)

Cartañá queda parado en el centro del escenario, con la carpeta en la mano y su gesto de desconcierto. Un instante después irrumpen otros tres hombres vestidos de negro.

Hombre I: —Somos los secretarios del Intendente. Venimos a buscar el plan de desburocratización.

Le saca la carpeta de la mano y se retiran. Antes de salir, el Hombre II se acerca a Cartañá y le habla confidencialmente.

Hombre II: —¿Quiere que le diga una cosa? A mí... ¡a mí! los socialistas me caen bien. Son decentes. (*Sale*)

Cartañá, como un autómata, enciende un cigarrillo, abre el cajón del escritorio, saca una botella de ginebra y se la bebe de un trago. La estatua de Juan B. Justo se desmorona. Borracho, Cartañá dirige por primera vez la mirada hacia la viejecita, que parece dormitar. Se arrodilla frente a ella y apoya la cabeza en su regazo.

Cartañá: —Madre... Madre... ¿Qué puedo hacer?

La viejecita le acaricia las sienes con ternura.

Madre: —¿Viste, nene? Eso te pasa por hacerte el ombudsman.

TODOS SOMOS GOROSITO

TELAM



Gorosito y un merecido homenaje a los que pudieron pero no fueron.

(Por Pacho O'Donnell) ¿Alguna vez imaginó usted lo que debe ser buscar la pelota junto al alambrado, a pocos centímetros de hinchas rivales vociferantes y escupidores? ¿O la odisea que significa llegar o partir de cada cancha ajena, desfilando entre la "barra brava" contraria? El "caso Zacarías", con venas y nervios seccionados y un joven milagrosamente salvado de la muerte pero casi seguramente impedido de continuar airosamente con su profesión, es sólo una exageración dentro de lo exagerado.

Para ser un jugador de fútbol destacado, hoy, no es sólo necesario estar dotado de rioplatense habilidad y de contar con un formidable entrenamiento físico, sino también de munirse con ciertas particularidades psicológicas imprescindibles. Por ejemplo: un goleador ¿puede serlo sin la capacidad de librar esa batalla despiadada y desleal que bulle en el área cada vez que un centro aterriza cerca del arco? Baste con recordar la casi tragedia del "Checho" Batista hace pocas semanas... En ese mismo sentido, es obvio que para ganarse un buen lugar como defensor es indispensable conocer los secretos de cómo provocar terror en los atacantes rivales. ¿Acaso no es eso lo que se hace todos los domingos con un Caniggia o un Barberón?

¿Sabía usted que quienes concurren a los entrenamientos durante los días de semana son, mayoritariamente, los integrantes de las "barras bravas"? Y ésos son los momentos de los "aprietes".

—Si el domingo no dejás el corazón en la cancha tené cuidado con tu mujer y tus pibes —me contaba un reconocido mediocampista que le habían descerrajado esa misma mañana.

Personajes éstos de las "barras bravas" que en su versión degradada de la vida y de sus avatares que incapaces de comprender una baja actuación. O una excelente actuación de algún wing rival que deja desairado a su marcador lateral. "Soborno", es la sospecha que aparece inmediatamente. "Ir para atrás".

—Vas a ir para adelante o te matamos.

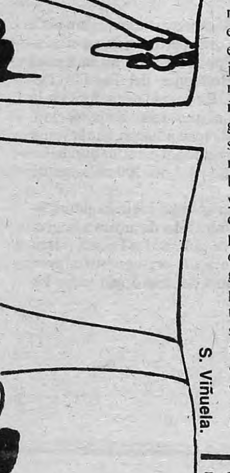
Esos seres a quienes jamás se les ocurriría ir a la City a denunciar la verdadera corrupción (o a algún ministerio...), a acosar a quienes son los verdaderos responsables de su vida miserable, son en cambio implacables con quienes provienen de su compartido origen de pobreza y cuyo accionar es absolutamente público, ya que transpiran a la luz del sol y delante de tribunas pobladas (o cada vez menos pobladas porque no cualquiera sirve para espectador...)

La rabia, como producto colectivo de la injusticia social y la arbitrariedad, encuentra en el "fóbal" una derivación ingenua que hace de los jugadores sus víctimas. Son ellos quienes también deben asumir las expectativas de éxito de quienes han sido condenados por la sociedad a la humillación y a la delincuencia. El "ganar" o "perder" como valores abismales y "delegados" o ganan o los "hacemos".

No distante de esto: los dirigentes. Empresarios habitualmente inexpertos, encaramados al mando de empresas complejas como son los clubes de fútbol, manejando grandes cifras de dinero que les son ajenas, y con capacidad de ejercer relaciones arbitrarias y de seductora "superioridad" con sus subordinados, los famosos futbolistas ¿cuántas carreras profesionales se han visto tronchadas, dificultadas o achatadas por "conflictos" entre dirigentes y jugadores? Recordemos a Gareca, por ejemplo. Imagine usted lo difícil que debe ser mantenerse en la cresta de la ola en un grupo institucionalmente psicótico, como son muchas veces los clubes de fútbol. Que anuncian, como en el caso del Boca de hoy, ya a mitad de año, que están interesados en la compra de determinado jugador que ocupará la misma plaza que usted desempeña en su primer equipo...

Estas son sólo algunas reflexiones insuficientes, que podrían ir dedicadas a tantos talentosos futbolistas a quienes no les alcanzó sólo con su capacidad y su pasión y que fueron desvaneciéndose en el olvido por no contar con las acorazadas características psicológicas loables y no loables, necesarias para el profesionalismo. En especial, y como homenaje personal de riverplatense, a ese deslumbrante jugador de las inferiores, Gorosito, pichón de crack a quien las noticias periodísticas del día lo incluyen oscuramente en un trueque de "liquidación".

Rematemos: en la Argentina de hoy, salvo financistas y operadores, la inmensa mayoría somos Gorosito. No nos alcanza para llegar a mantenernos en Primera...



UN GINECOLOGO MUY PARTICULAR

(Por Enrique Medina) Con la cara húmeda, Theodor Lehrer, ginecólogo de cincuenta y dos años, tres divorcios, cinco hijos y dos nietos, mueve su cuerpo pesado en busca del sueño perdido. Espía por entre las sábanas. Muy suave, la luz comienza a filtrarse por las persianas. En la otra cama, su esposa Virginia duerme lo más bien. Theodor la observa, estudia el sombreado perfil, la frente satisfecha, el pecho bajando y subiendo sin ninguna emoción, la boca entreabierta y el aire moviéndose alrededor de los labios cosquilleándolos en un rumor cortés de mares lejanos. Conoce el aliento de ella; el olor, la temperatura, el sabor de ese aliento que cada vez más está dejando de pertenecerle. Vuelve a girar el cuerpo en busca del eterno sueño. Cierra los ojos como quien ruega el perdón definitivo. El es quien siempre despierta primero, quien tiene tiempo para revisar su vida, un balance incompleto de aspiraciones y abandonos. Hasta que Virginia despierte, Theodor cavila sobre su profesión, su edad y los años activos que le restan, sus ex esposas, la ingratitud de los hijos que despreocupados del afecto se van a quedar con todo lo que a él tanto le costó conseguir, su infancia en los barrios más frágiles de Brooklyn, la constancia de su abuelo para que no dejara de estudiar, los amores, las mujeres, aquellas a las que les ganó y las que le ganaron a él... Siempre creyó que a su edad la vida solamente le ofrecería reconocimientos y una merecida tranquilidad. Supuso que la sangre y la carne estarían aplacadas y no pendientes de extravíos febriles como a los quince años. Pero no ha sido así. Ni aun la ventaja de su profesión —que por algo la eligió—, con situaciones propicias y ligerezas aprovechadas, lo eximió de pasiones y vehemencias eróticas. Theodor odia quedarse despierto en la cama esperando que Virginia abra los ojos. Odia su vida acumulada en Miami, odia su clínica de abortos legales donde más del cincuenta por ciento de los que se realizan son ilegales, odia la indiferencia de Virginia por sus sentimientos, odia a ese hijo que está por nacer... El ginecólogo sabe que hay riesgos. Tiene miedo de que a los treinta y ocho años Virginia —que se niega a los exámenes previos— pueda tener un hijo mogólico. Theodor intervino en una seria cantidad de abortos por este motivo y sabe del sufrimiento de padres que se han arrepentido por no haber desviado a la naturaleza. Pero Virginia ya ha dicho que prefiere un hijo mogólico antes de no tener ninguno. Y desde hace unas dos semanas también lo ha rechazado con el pretexto de que el feto ya tiene más de tres meses. Theodor se seca el sudor con la sábana y hace el ruido habitual en la mesita de luz para que Virginia se vaya despertando. Le gusta verla mientras se despereza. Ama su pelirroja sensualidad y está decidido a recuperar el poder. Otro hombre podría permitirse la derrota, él no, por algo es ginecólogo. Sin hacer ruido sale del dormitorio. Plenamente mujer, Virginia, entre sueños, se humedece los labios. Al rato vuelve Theodor con un maletín y cuerdas y correas. Los acomoda delicadamente sobre el cuerpo de Virginia. Cuando se considera listo le ata un brazo al respaldo de la cama. Ella despierta cuando le ata el otro brazo. Mientras ella se angustia con insultos y preguntas, él le aferra las piernas. Cuando ella se calma, le explica que la violará. Ella se burla, lo escupe y le grita que igual no le hará sentir nada. El ginecólogo Theodor Lehrer le dice —sin gritar— que sí, que va a sentir mucho porque el aborto que le hará posteriormente será sin anestesia. Prende la radio a todo volumen y con una tijera comienza a liberarla del camisón.

(Por Eduardo Galeano, desde Estados Unidos y Canadá)

En la era de Reagan

DIEZ VENTANAS AL NORTE

Ventana uno: La voz en el desierto

El viento, viento de polvo rojo, golpea desde afuera. Desde adentro, golpean las palabras:

—¡Díganlo! ¡Repítanlo!

En el desierto de Nuevo México, en el instituto de enseñanza más pobre y olvidado de Albuquerque, Jesse Jackson está hablando ante dos mil adolescentes. Jesse hace danzar las palabras:

—¡Créanlo en lo más hondo de ustedes! ¡Ustedes son necesarios! ¡Ustedes son libres!

Miro los rostros de estos chicos de piel oscura. El los está exhortando a que vivan sus sueños:

—Griten conmigo: ¡Yo soy alguien!

Esta voz musical y poderosa los está invitando a que nunca más sientan vergüenza de sí mismos. Yo los veo soltarse, poco a poco, los veo crecer a medida que el discurso crece, hasta que por fin escucho el trueno que brota de estas dos mil gargantas desatadas:

—¡Yo soy alguien! ¡Respétenme! ¡Yo soy alguien! ¡Todos somos alguien!

Ventana dos: La memoria del león

Chicago está llena de fábricas. Hay fábricas hasta en pleno centro de la ciudad, en torno al edificio más alto del mundo. Chicago está llena de fábricas, Chicago está llena de obreros.

Al llegar al barrio de Heymarket, pido a mis amigos que me muestren el lugar donde fueron ahorcados, en 1886, aquellos obreros que el mundo entero saluda cada primero de mayo.

—Ha de ser por aquí —me dicen, pero nadie sabe.

Ninguna estatua se ha erigido en memoria de los mártires de Chicago en la ciudad de Chicago. Ni estatua, ni monolito, ni placa de bronce, ni nada.

El primero de mayo es el único día verdaderamente universal, el único día donde coinciden todas las historias y todas las geografías, todas las lenguas, las religiones, las culturas; pero en los Estados Unidos, el primero de mayo parece un día como cualquier otro. Ese día se trabaja normalmente, y nadie, o casi nadie, recuerda que los derechos de la clase obrera no han sido regalos de Dios ni del amo.

Tras la inútil exploración de Heymarket, mis amigos me llevan a la librería que me ha invitado. Y allí, en Guild Books, por pura curiosidad, por pura casualidad, descubro un viejo cartel sindical. El cartel estaba como esperándome, metido entre muchos otros carteles de cine, rock y actualidades. El cartel reproduce un proverbio africano tradicional, que dice: *Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador.*

Ventana tres: El trópico en Nueva York

Media horita de lámpara de rayos ultravioletas, dicen, equivale a un día de pleno sol en las islas Bahamas. Los carteles luminosos ofrecen el trópico a precio módico: *Like a day in the sun.*

Camino por el Village, envuelto en casaca y suéter y bufanda y gorra. Ya es de noche. Al otro lado de los cristales, veo unos señores tomando sol. Los parches de plástico les protegen los ojos. *Sol de medianoche,* se llama el lugar. En Nueva York hay muchos como éste. No me animo a entrar. Tracey Hill, que es más caradura, pide información. Sale con los brazos tapados de folletos. Hay una oferta especial: la *high speed,* que es más cara pero reduce el tiempo a la mitad.

Ventana cuatro: Un problema de la próstata

Al sur de la isla de Manhattan tomo un taxi. Doy la dirección en perfecto inglés, quizás dictado por el fantasma de mi tatarabuelo de Liverpool. El chofer me contesta en perfecto castellano de Guayaquil.

A poco andar, el chofer me cuenta sus desventuras. Se lanza a hablar, y no para. Me cuenta los asaltos que ha sufrido, y las veces que lo han querido matar, y el vértigo del tráfico loco en esta ciudad de Nueva York, y el vértigo de la vida, compre, compre, úselo, tírelo, sea comprado, sea usado, sea tirado, y aquí la cosa es abrirse paso a pecho limpio, que aplastas o te aplastan, te pasan por encima, y él está en esto desde que era niño, así como ve, desde que era niño chico recién llegado del Ecuador —y me dice que ahora se le fue la mujer.

Me dice que la mujer se le fue después de doce años. No es culpa de ella, dice. Entro y acabo, dice. Ella nunca gozó, dice. Dice que es por culpa de la próstata.

Ventana cinco: La máquina de remar

Alaistair Reid escribe en *The New Yorker*, pero viene poco a Nueva York.

El prefiere vivir en una perdida playa de la República Dominicana. En esa playa había desembarcado Cristóbal Colón, algunos siglos antes, en una de sus excursiones al Japón, y desde aquellos tiempos nada ha cambiado.

De vez en cuando, el cartero asoma entre los árboles. El cartero trae el burrito doblado bajo la carga. Don Alaistair recibe montañas de correspondencia. Desde los Estados Unidos, lo bombardean las ofertas comerciales, folletos, catálogos, lujuriosas tentaciones de la civilización del consumo exhortando a comprar.

Una vez, entre el mucho papelerío, llegó la propaganda de una máquina de remar. Don Alaistair la mostró a sus vecinos, los pescadores.

—¿Bajo techo? ¿Se usa bajo techo?

Los pescadores no lo podían creer:

—¿Sin agua? ¿Se rema sin agua?

No lo podían creer, no lo podían entender:

—¿Y sin peces? ¿Y sin sol? ¿Y sin cielo?

Los pescadores dijeron a don Alaistair que ellos se levantaban cada noche, mucho antes del alba, y se metían mar adentro y echaban sus redes mientras el sol se alzaba en el horizonte, y que ésa era su vida, y que esa vida les gustaba, pero que remar era la única parte jodida de todo el asunto:

—Remar es lo único que odiamos —dijeron los pescadores.

Entonces don Alaistair les explicó que la máquina de remar servía para hacer ginmasia.

—¿Para hacer qué?

—Gimnasia.

—Ah. Y gimnasia, ¿qué es?

Ventana seis: Se venden risas

Estoy en la playa de Malibu, en el espigón donde hace medio siglo el detective Philip Marlowe encontró uno de sus muchos cadáveres.

Jack Miles me señala una linda casa, a lo lejos, a lo alto: allí vivía el hombre que abastecía de risas a Hollywood. Hace diez años, Jack pasó un tiempo en esa casa, cuando el abastecedor de risas decidió marcharse para siempre.

La casa estaba toda tapizada de risas. Aquel hombre se había pasado la vida recogiendo risas. Grabador en mano, había recorrido los Estados Unidos de cabo a rabo, al revés y al derecho, en busca de risas, y había logrado reunir la mayor colección del mundo. Había registrado la alegría de los niños jugando, el regocijo de las muchachas en flor y el alborozo gastadito de la gente ya vivida. Tenía risas del norte y del sur, del este y del oeste. Según se le pidiera, podía proporcionar risas de celebración o risas de dolor o de pánico, aterradoras carcajadas de espectros y risotadas de locos y borrachos y criminales. Entre sus miles y miles de grabaciones, tenía risas para creer y risas para desconfiar, risas de negros, de mulatos y de blancos, risas de pobres y de ricos y de mediopelos.

Vendiendo risas, risas para cine, radio y televisión, se había hecho rico. Pero él era un hombre más bien melancólico, y tenía una mujer que de una mirada le quitaba las ganas de reírse a cualquiera.

Ella y él se fueron de su casa de la playa de Malibu, y nunca más volvieron. Se fueron huyendo de los mexicanos, porque en California hay cada vez más mexicanos que comen comida picante y tienen la maldita costumbre de reír a las carcajadas. Ahora ellos viven en la isla de Tasmania, que es por allá por Australia, pero más lejos.

Ventana siete: La cultura del espectáculo

Los estudiantes estudian literatura viendo videos. Ya no leen a Melville ni a Pasternak, porque *Moby Dick* narra las aventuras de Gregory Peck cuando era ballenero y *El Doctor Zhivago* es una historia que ocurrió a Omar Shariff y a Julie Christie en las nieves de Rusia.

La cultura norteamericana, cultura de la Roma de nuestro tiempo, es una cultura del espectáculo, y una cultura del espectáculo *visual.* Nada existe si no existe en la pantalla: en la pantalla grande, en la pantalla chica. Fuera de la televisión, fuera del cine, el mundo es una sombra indigna de confianza.

Bill Moyers me cuenta cuál fue la frase de despedida de Ronald Reagan a Oliver North. Cuando Reagan no tuvo más remedio que darle el adiós, en pleno escándalo del Irangate, le dijo por teléfono:

—*Ollie, creo que esto podría dar una buena película.*

Antes de la televisión, antes del cine, ya era así. Cuando Buffalo Bill agarraba algún indio distraído y conseguía matarlo, rápidamente procedía a arrancarle el cuero cabelludo y los plumajes y demás trofeos y de un galope llegaba desde el Lejano Oeste a los teatros de Nueva York, donde él mismo representaba la heroica gesta que acababa de protagonizar. Entonces, cuando se abría el telón y Buffalo Bill alzaba su cuchillo ensangrentado en el escenario, a la luz de las candilejas, entonces ocurría, por primera vez ocurría, de veras ocurría, la realidad.

Ventana ocho: Los símbolos nacionales

Llego al Canadá en plena campaña contra el tratado de libre comercio con los Estados Unidos. *No, gracias,* dicen los carteles, y muestran la bandera del gran vecino con una hoja de roble entre las muchas estrellas.

En Toronto, reencuentro a la novelista Margaret Atwood. Ella me cuenta que el castor también es, como la hoja de roble, un símbolo del Canadá. Y me cuenta una extraña costumbre que se atribuye al simbólico animalito. Dicen que dicen que el castor, cuando entra en pánico, se arranca los testículos y los arroja al cazador que lo persigue.

—*En eso estamos* —me dice Margaret.

Ventana nueve: El reino de las cucarachas

Los Angeles contiene ahora dieciséis millones de personas, o de automóviles, o de persomóviles, gente con ruedas en lugar de piernas, así que no se parece mucho a la ciudad que Cedric Belfrage conoció cuando llegó a Hollywood en la época del cine mudo, y ni siquiera se parece a la ciudad que Cedric todavía amaba cuando el senador MacCarthy lo expulsó, en plena cacería de brujas.

Pero Cedric no me pregunta por Los Angeles. Los Angeles no le interesa, o él hace como que no le interesa. Cedric me pregunta por Toronto, y yo le cuento de aquellas gentes y lugares, y le digo que la bronca de Canadá contra los Estados Unidos viene por el tratado de libre comercio, pero mucho más viene por la lluvia ácida. Ya no hay vida ninguna, ni plantas, ni peces, en catorce mil lagos de Canadá. La lluvia ácida, que ha exterminado esos catorce mil lagos, está devolviendo desde las nubes los gases venenosos de las fábricas estadounidenses cercanas a la frontera. Es un crimen, digo, es un suicidio.

El viejo Cedric, mi viejo y querido Cedric, me mira con sus grandes ojos celestes, trasparentes, asombrados. Entonces simula arrodillarse ante quienes van a reinar sobre la Tierra:

—*Los seres humanos hemos abdicado el planeta* —proclama— *en favor de las cucarachas.*

—*Un traguito, mientras se pueda* —dice, y me llena el vaso, con su mano un poquito tembleque.

Ventana diez: Los invisibles

Jesse Jackson gana en la ciudad de Nueva York, pero pierde en el estado. Veo por televisión las imágenes de las elecciones del Partido Demócrata. En seguida, aparece en la pantalla el presidente de la Nación. Ronald Reagan anuncia que la venta de armamentos al exterior aumentará este año en 3 mil 300 millones de dólares.

Reagan sólo ha logrado multiplicar la producción de armas y la producción de pobres. La Fuerza Aérea tiene ahora un presupuesto mayor que la suma de dinero que *todos* los



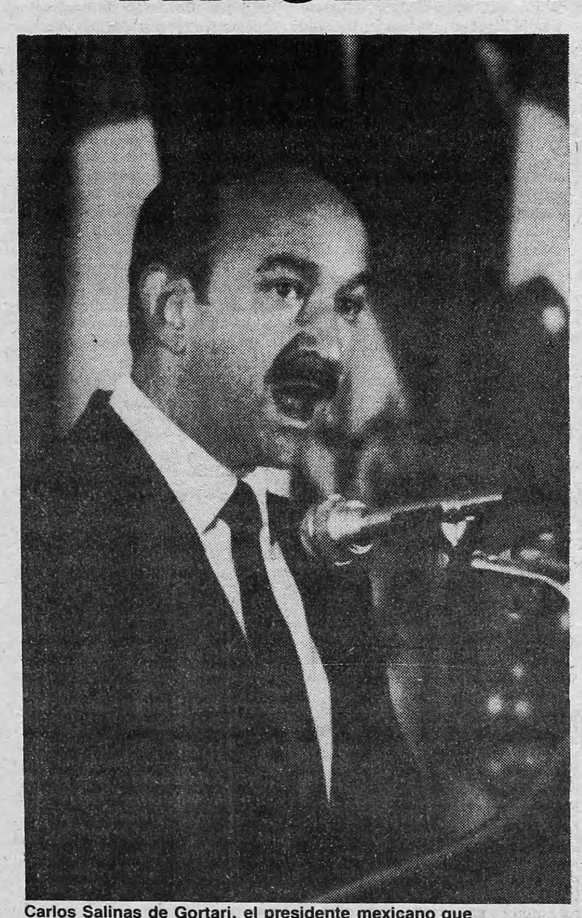
Nancy y Ronald Reagan

países del Tercer Mundo destinan a la educación infantil. Al mismo tiempo, han surgido en los Estados Unidos veinte millones de nuevos hambrientos, según la revista *Scientific American* (''Hunger in the U.S.'', febrero de 1987, vol. 256. N 2).

A esta altura, es evidente que Jesse Jackson no será el próximo presidente de los Estados Unidos. Pero su Coalición del Arco Iris —todos los colores, todas las culturas— expresa una respuesta vigorosa y asombrosa a la era de Reagan. El candidato negro ha hecho visible a los invisibles: *Nosotros trabajamos cada día, y seguimos siendo pobres. Recogemos la basura ajena: trabajamos cada día. Nosotros conducimos autos ajenos, cuidamos niños ajenos, vaciamos escupideras, barremos apartamentos: trabajamos cada día. Nosotros cocinamos para otros, y no podemos cocinar para nosotros. Nosotros trabajamos cada día...*

México y la historia del ''dedazo''

HACETE AMIGO DEL PRI


Carlos Salinas de Gortari, el presidente mexicano que se cae de maduro.

(Por Miguel Bonasso, desde México) Por primera vez en más de cuatro décadas las elecciones mexicanas constituirán un fenómeno novedoso y apasionante no sólo para los observadores locales sino también para los extranjeros.

Los motivos de este desusado interés no radican, desde luego, en los pronósticos para el primer puesto. Todo el mundo descuenta que el licenciado Carlos Salinas de Gortari, candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), será elegido presidente de la República en los comicios del 6 de julio próximo. La novedad estriba en el surgimiento de una poderosa fuerza contestataria, que procede curiosamente del propio partido oficial, y que amenaza con desplazar al conservador Partido de Acción Nacional (PAN) del segundo puesto que ha mantenido cómodamente durante los últimos tres decenios.

Otro motivo adicional de interés radica en saber cuántos sufragios conquistarán estos ''herejes'' del Frente Democrático Nacional, que llevan a Cuauhtemoc Cárdenas como candidato a presidente.

Aunque no existen muchas estimaciones confiables, las multitudinarias movilizaciones convocadas por la flamante coalición cardenista, en estos seis meses de campaña, permiten conjeturar que habrá una fuerte votación campesina en favor del Frente y que éste, incluso, puede hacer una gran elección en la propia capital del país.

El fenómeno inquieta al oficialismo. Tanto el presidente Miguel de la Madrid, como el candidato a sucederlo, Salinas de Gortari, han fustigado en estos días a lo que denominan ''neopopulismo''.

Cuauhtemoc Cárdenas, un ingeniero de 53 años, hijo del general Lázaro Cárdenas, que gobernó México entre 1934 y 1940, conduciendo profundas mutaciones como fueron la nacionalización del petróleo y una reforma agraria que afectó millones de hectáreas, ha basado su campaña contra el partido del que procede, en apelaciones para regresar al ''proyecto nacional'' de la revolución mexicana.

Sobrio de ademanes y palabras, este hombre que gobernó su estado natal, Michoacán, entre 1980 y 1986, ha logrado un ascenso vertiginoso en la escena política nacional fustigando la desnacionalización de la economía, la creciente privatización de las empresas del Estado y el retroceso del salario real y exigiendo una democratización a fondo de las estructuras políticas.

Hace menos de un año, cuando fue marginado del PRI junto con sus compañeros de la Corriente Democrática, eran pocos los que se atrevían a apostar por su futuro político. Las apuestas no subieron cuando se aprestó a la lid electoral recostándose en dos pequeños partidos, el Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y el Popular Socialista (PPS), que tradicionalmente jugaron como satélites del PRI. La izquierda tradicional y algunas de las agrupaciones más radicales rechazaron unirse a la coalición cardenista, prefiriendo concurrir con sus propios candidatos, como el Partido Mexicano Socialista (PMS) que postula al también ingeniero (y ex profesor de Cuauhtemoc) Heberto Castillo o el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) que propone a la luchadora por los derechos humanos, Rosario Ibarra de Piedra.

Pero la decisión no ha sido unánime en las filas izquierdistas. Una nueva agrupación, con fuerte presencia en el sector estudiantil, como es el Movimiento al Socialismo (MAS), apoya a Cárdenas y ha encendido una viva polémica al invitar al candidato del Frente a hablar en un acto público en la muy influyente Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Estos sectores han advertido la formidable fuerza histórica que se reaviva en el movimiento de masas al conjuro de las viejas consignas cardenistas y el propio Cuauhtemoc sabe, aunque ha tenido la prudencia de decir que los zapatos de su padre le quedan muy grandes, que el Tata, como el Cid, está ganando batallas después de muerto.

Aunque Cárdenas no alcance los niveles que prefiguran algunas encuestas, como la del Instituto Mexicano de Opinión Pública (IMOP), que días atrás le asignaba iguales probabilidades que al candidato oficial, es indudable que logrará un caudal de sufragios lo suficientemente importante cómo para convertirse en un decisivo interlocutor del sistema.

Habrá que ver, entonces, cuál será la respuesta del partido que ha gobernado México sin sobresaltos mayores desde hace casi 60 años.



El rey Juan Carlos y la reina Sofía entregan el premio Cervantes al escritor mexicano Carlos Fuentes.

UN SUDACA EN LA CORTE

(Por Daniel Moyano, desde Madrid) Unos días antes del 21 de abril, fecha fijada para la entrega del premio Cervantes de este año a Carlos Fuentes, un cartero muy especial llamó a mi puerta. Su uniforme parecía el de un gran general condecorado y no era para menos: me traía una invitación del rey.

En cuanto empecé a leer, incrédulo todavía, mientras el cartero real se alejaba en una carroza tirada por caballos de Paolo Ucello, y vi las palabras iniciales "Su Majestad", y en seguida "su casa real", me entró un temblor de piernas sudamericano producido por un miedo atávico de indio conquistado, mitad comechingón de Córdoba y mitad diaguita de La Rioja.

Me invitaba por pedido del escritor mexicano a la recepción que tras la entrega del premio tendría lugar en el Palacio de Oriente. En su sencilla pero de todos modos real misiva Su Majestad me pedía discretamente que me presentara de traje oscuro.

Mientras mi hija María Inés empezaba a ocuparse de la difícil cuestión de la ropa —no tenía traje oscuro— yo me planteaba problemas de lenguaje. Nunca había hablado con un rey, qué decirle que no fuera obvio para él y cómo saludarlo. ¿Sire... como en las novelas de Alejandro Dumas? En primer lugar le agradecería la democracia y el desprecio con que recibió a Videla sin atuendos de rey, en traje de calle cuando él se vino a Madrid a pedirle que a los exiliados argentinos los tratara con mano dura.

Había que tener cuidado con las palabras, porque si me dejaba llevar por la simpatía, entonces capaz que le dijera en mi mejor cordobés de barrio Güemes: "Hola, negro, ¿cómo andai?" Por supuesto, que él entendiera que esas palabras correspondían a un trato más bien cariñoso, decirle negro a un rey me pareció un exceso. Tendría que usar la fea palabra, que no dice nada y que seguramente usaban todos: majestad.

Lo que más me gustó de la invitación fue que cuando yo saliera para la cita y si alguien llamaba por teléfono y preguntaba por mí, María Inés podría responder con toda la naturalidad del mundo como en los viejos romances: "Mi padre fue a palacio" —Vas a tener que comprarte un traje oscuro —me dijo después de revolver el ropero.

También tuvimos que comprar camisa blanca y medias de hilo, corbata granate tenía, sólo hubo que deshacerle el nudo que traía de la Argentina hace doce años y plancharla.

Alrededor de cuatrocientos escritores españoles marginados, como casi todos los del mundo en estos tiempos, se agolpaban en la Plaza de la Armería, especie de antesala del palacio. Yo sentía que mi figura exterior era casi perfecta. Todo en su punto, hasta los zapatos que pese a ser nuevos no hacían ruido. El único problema era una de las medias que se me corría hacia la punta del zapato y éste hacía perder cierto equilibrio necesario.

No me gustaba ir solo por no sentirme extraño, y estirando el cuello por encima de todo ese verdadero parnaso, diviso a mi amigo Manolo Andújar con un problema de pierna que lo obligaba a renguear y entonces me le acerco y entramos juntos en palacio. Ibamos subiendo por unas enormes escaleras de oro, yo medio rengueando a su lado para hacerle compañía porque de verdad lo quiero mucho. En los últimos peldaños que daban acceso al gran salón donde sin duda nos esperaba el rey, la media de la derecha se había corrido un poco más hacia la punta y mi talón comenzaba a quedar desguarnecido. Unas medias carísimas de casi doscientos duros, es decir unas mil pesetas, o sea unos nueve dólares, algo así como 63 australes.

Entramos en un salón que todavía no es el del encuentro con el monarca donde asardinados cohabitaban Buero Vallejo, Cela, Gloria Fuertes, Francisco Ayala y decenas más entre los muy conocidos y centenares de pacos y manolos que sin ser conocidos soportan con su obra la literatura de un país. El primer whisky me hace imaginar que en algún rincón oculto está el escritor cuyo cumpleaños se celebra, a saber Don Miguel de Cervantes. Total ya sabemos después de Pedro Páramo que los muertos viven y actúan lo mismo que nosotros. También están Carlos Fuentes y Sergio Ramírez, con lo que ya somos tres los sudacas en la Corte. Encuentros, abrazos, charlas frívolas, promesas y olvidos como sucede siempre en estos eventos. Por fin nos invitan a pasar al salón donde nos recibirá Don Juan Carlos.

Uno de los manolos conocido mío, cuando le pregunto cómo se saluda, me da la mano y mueve la cabeza diciéndome tú hazlo así, es un gesto muy elegante a mitad de camino entre un saludo y una reverencia. La verdad que no hacía falta, el rey es una persona muy sencilla pero el manolo me convenció de lo contrario. Lo ensayé con él y me salió una asquerosidad de movimiento, como si me hubieran dado una pedrada por el lado de los parietales.

Esa sensación en la cabeza, junto a la media derecha que seguía amontonándose en la punta del zapato y la de la izquierda que iniciaba por simpatía un idéntico deslizamiento, me hacía sentir mal por los dos extremos. Menos mal que el nudo en la corbata por ser granate y estar rodeado del blanco de la camisa y el azul marino del traje era mi centro más visible, con lo cual la gente no se fijaba ni en mi cabeza ni en mis pies, que francamente daban lástima. Manolo se dio cuenta de mi situación porque lo descubrí observando atentamente a mi pie derecho y luego a mi cabeza.

—No, así no —dijo—, levántala un poco más para que la inclinación hacia el rey te salga elegante y convincente.

En eso abrieron la puerta y empezamos a entrar y ahí mismo estaba el rey junto a la reina y a una de las infantas saludando uno por uno a los cuatrocientos que íbamos a entrar. Sin palabras y con el talón derecho al aire vi que ya me tocaba la inclinación de cabeza, parecía imposible y el ridículo estaba ahí nomás. Delante de mí iban hablando en inglés unos norteamericanos del servicio diplomático o de la CIA, como dijo Manolo, que simplemente le extendieron la mano y lo saludaron como viejos amigos, lo cual me pareció una irreverencia yanqui tipo Reagan. Entonces aproveché el espacio de irreverencia abierto por ellos y antes que el aire volviera a cerrarse, yo ya estaba ante Don Juan Carlos dándole la mano simplemente, sin engorrosas inclinaciones, y a la reina y a la infanta. Si nos hacían fotos, estábamos preciosos.

La noción subdesarrollada que uno tiene del poder, me hizo sentir cuando el rey fijó brevemente en mí el brillo de sus ojos que no sólo había advertido el problema que tenía con las medias, sino que estaba mirando también el callo que tengo en el tercer dedo del pie izquierdo, la emplomadura de la segunda muela de abajo, la cicatriz en la cabeza de una pedrada que me dieron una vez en Cosquín, siendo muy chico, y una arruga que no pudimos sacar de la camisa en la parte de atrás del cuello.

El segundo o tercer whisky que ya llevaba adentro me decía al mismo tiempo que el rey por ser responsable indirecto del descubrimiento de América podía contra cualquiera de los dictadores que nos quedan, especialmente Pinochet y Stroessner. Y ganas de pedirle que hiciera algo, mandarle la armería, yo qué sé, y casi se lo digo pero tuve la suerte de darme cuenta justo a tiempo de que sería una burrada.

Después desde un rincón mientras el rey y su familia recorren los grupos o corrillos y se interesan por el último poema de Paquita, por ejemplo, que acaso nunca sea editado, con ánimo de tango pienso en este parnaso viviente en un país donde ya casi nadie lee. Entonces veo en el palacio, con la cultura que contiene, acaso un lujo de otros tiempos que es una nave que avanza hacia el final del siglo con riesgo de naufragio. Qué horror ser más de cuatrocientos escritores y hay apenas tres o cuatro salvavidas y el mundo está lleno de televisores como fusiles que les apuntan derecho al corazón. El rey lo sabe y calla, no hay otro remedio beber unas copas con ellos.

Para evitar estos pensamientos voy saliendo disimuladamente. En el primer pasillo aprovecho unas estatuas de reyes de otros tiempos para ocultarme detrás y subirme las medias, justo cuando en el corredor que lleva a las caballerizas veo a Don Miguel medio escondido que con la ropa de su siglo es un disfrazado del carnaval, le pregunto por qué no entra y me dice: —Hombre, porque no tengo traje oscuro.

Mitterrand

EL PRESIDENTE AL QUE LE DAN LA HORA



François Mitterrand y su bella nariz, no exenta de olfato político.

(*Por Juan Gelman, desde París*) *7 de la mañana.* El presidente francés escucha el informativo radial. Después lee los diarios, no sólo los nacionales; le interesan sobremanera las publicaciones regionales, lo que se mueve en el interior del país. También leerá la síntesis de prensa preparada en Presidencia, los artículos de diarios y revistas del extranjero que le indicarán otros canales y nunca cambiará lo primero por lo último.

9 de la mañana. Entra en su despacho del Elíseo, el mismo que ocupara De Gaulle. Ni Georges Pompidou ni Valéry Giscard d'Estaing osaron nunca instalarse en un espacio agobiado por tan augusta sombra. "Elegí el despacho que más me convenía —explicó luego Mitterrand—, es el más cómodo, es agradable, tiene una hermosa vista al jardín." Es posible que al tomar esa decisión, el presidente recordara al resistente Mitterrand propinando su primer "no" a De Gaulle en Londres, en 1943. El general, jefe de la resistencia del exterior, procuraba hegemonizar también la resistencia del interior. El Mitterrand de 27 años, con responsabilidades en uno de los tres grupos que luchaban en el país, no aceptó sus órdenes ni su capciosa invitación a quedarse en Inglaterra. De todos modos, De Gaulle consiguió lo que ningún otro jefe resistente de Europa en sus mismas condiciones: imponer su liderazgo adentro, desde afuera.

Mitterrand comienza a recibir a sus colaboradores y ministros, y despacha asuntos nacionales sobre todo (salvo protocolo en contrario). Cada tanto, en medio de la abstracción que entraña la voluntad de dirigir esa abstracción aún más enorme que es el funcionamiento de un país, el presidente pregunta por la madre enferma de una colaboradora o felicita a un flamante padre de su equipo. No conoce la situación por los interesados. Se entera. Dicen que Napoleón conocía el nombre y apellido de toda su tropa. Si fuera lunes, la mañana es liviana de audiencias, y el presidente aprovecha para jugar al golf. No hace mucho accedió por vez primera a que los periodistas especializados observaran su juego. "No está mal", opinaron. Es el único deporte que practica. Abandonó el tenis hace años.

1 de la tarde. Almuerzo en el Elíseo con amigos o en casa de amigos (salvo protocolo en contrario). Después, casi siempre, paseo por el Barrio Latino, o por otros barrios de París, para sobresalto y preocupación de colaboradores y guardias de corp. El presidente no teme los atentados ("Son parte de mi oficio") y visita exposiciones y especialmente librerías del boulevard Saint-Germain. Hace 25 años que colecciona primeras ediciones publicadas en los últimos decenios del siglo pasado y comienzos del presente. Obras de Renard, Zola, Péguy, Barrés. Maurice Barrés: algunas de sus obras maravillan al presidente, que no guarda particular simpatía por su autor, campeón del nacionalismo antisemita.

3 de la tarde. Despacho de asuntos de Relaciones Exteriores, audiencia con mandatarios y visitantes extranjeros sobre todo.

8 de la noche. Visión de los informativos de TV.

8 y media de la noche. Cena con su esposa, Danielle, tal vez con algunos amigos (salvo protocolo en contrario).

11 de la noche. El presidente se calа los anteojos, lee y mucho ("La lectura es un placer impune"), reflexiona escribiendo sobre lo hecho, sobre lo que hay que hacer. El formidable esteta de la táctica que remontó el veinticinco por ciento de votos que, dispuesta al cambio, la ciudadanía francesa le concedía en 1985, en la mitad de su mandato, hasta lograr el 54 por ciento de los sufragios emitidos en mayo de 1988, al término de su ahora primer gobierno, tal vez sienta cabalmente, al fin de la jornada, la satisfacción del poder.

Estas son las 24 horas de un día de trabajo corriente del presidente Mitterrand, el que "para no ser devorado por la política" aprendió hace ya unos años a "erigir espesos muros entre los acontecimientos y yo", el agnóstico de una Francia sellada por la moral católica invoca para sí al ángel del castigo ("Tuve suerte, casi siempre hice lo que quise en la vida, habrá que castigarme un día"), el que fagocitó primero a la izquierda de su izquierda y dispersó últimamente a las diversas derechas para reunir a los franceses por el centro, el que sería revolucionario si Francia lo fuera, el que no usa reloj, porque todo el mundo le dice qué hora es.

Diario de un film

LA MEMORIA REBELDE

(Por Osvaldo Bayer) Pico Truncado (6 de enero de 1974). Seis de la mañana: ya están todos levantados. Hoy toca fusilarlo a Facón Grande. Una escena clave del film. Anoche vino Olivera a pedirme que le proponga títulos. He pensado que podría llamarse *Rebelión en la Patagonia* o *La Patagonia rebelde*. El elegirá. También vino María Julia a preguntarme más datos de la vestimenta. No, no llevaba rastra cuando lo mataron sino su habitual amplia faja negra, y se la quitaron para que tuviera ocupadas las manos en sostenerse el pantalón bombacho. Tampoco llevaba ni su chambergo ni su gorra habituales. Por último estuvo Federico Luppi y conversamos largo sobre el personaje. Quiere saber todo sobre el gaucho entrerriano. Caminando no nos dimos cuenta de que nos habíamos alejado del campamento de Gas del Estado donde estamos parando. Volvimos guiados por las luces. Me hizo una pregunta que me obligó a una interpretación. "¿Por qué tanta crueldad con él?" "Es que ahí se enfrentaban las dos Argentinas —le dije—. El teniente coronel Varela defendía a todo un sistema que involucraba a los latifundistas ingleses de la Patagonia. Facón Grande, en cambio, defendía el derecho de los pobladores, de los hombres de trabajo, a vivir una vida digna en su propia tierra. El teniente coronel Varela sabía muy bien que Facón Grande no había cometido ningún delito. Que había salido en representación de las peonadas; que era patrón de una tropa de carros y hubiera podido desentenderse del problema. Pero fue honesto y pidió por los desheredados. El comandante Varela lo sabía muy bien, pero para vencer a Facón Grande hubiera tenido que tener argumentos. Tenía solo los fusiles. Y lo hizo fusilar para matar su propia conciencia. Facón Grande pidió discutir con Varela, y éste no aceptó. Luego lo desafió a pelear a duelo criollo, a cuchillo. Como toda respuesta, el militar lo hizo voltear y atar de pies y manos. Allí los soldados lo escupieron y lo patearon antes de fusilarlo." Federico me escuchó con atención. Casi al llegar, me dijo: "Imaginate esa escena: el duelo criollo entre el militar y ese nuevo Martín Fierro". "A lo mejor no haya que filmarla, ojalá que ocurra en la realidad", le respondí.



Federico Luppi y Osvaldo Terranova hace 14 años, en plena filmación de *La Patagonia rebelde*.

21 horas. Jornada agotadora de filmación, Hemos vuelto cansados y negros de tierra. Esta vez el viento fue implacable. El regreso lo hicimos en silencio. Ibamos en auto Teo Kofman, Federico, Pepe Soriano y yo. Nadie habló una palabra, y el atardecer patagónico nos fue metiendo sus primeras sombras. En todos nosotros había una sensación de perplejidad. El verdadero fusilamiento había ocurrido justo 53 años antes de ese verano sureño, en ese mismo lugar, unas hondonadas en las que volvió a resonar el eco seco de los disparos después del silencio de más de medio siglo.

Todo fue muy breve. Sólo las intervenciones necesarias de Blanca, la maquilladora, para la sangre y la tierra, y luego las obligadas palabras del rito de sonido y cámaras. El director apenas dio indicaciones. Los extras que hicieron de soldados fusiladores se podría decir que estuvieron satisfechos de haber jugado ese papel. Federico puso dignidad en la muerte del gaucho. Así de simple había resultado todo.

Cuando dejamos la hondonada abarqué todo con una mirada, vaya a saber por dónde estarían los huesos del gaucho rebelde. Después, en el auto, desfilaron en mi cabeza una a una las imágenes crueles: a los soldados les dieron los certificados de los caballos de los huelguistas fusilados y los estancieros les compraron esos certificados, una especie de pago a los servicios prestados o el derecho a botín; el capitán Anaya fue nonbrado albacea de los bienes de Facón Grande, y qué casualidad, "se le perdieron" la mitad de las chacras; pero no hay problemas en la historia argentina, veintidós años después, ese capitán —ya general— llegaba a ser ministro de Justicia e Instrucción Pública de la República. ¿Pero acaso fueron los uniformados los únicos culpables de la masacre patagónica? ¿Por qué la bancada radical, en 1922, negó con su voto el envío de una comisión investigadora parlamentaria, cuando todavía estaba fresca la sangre en las tumbas masivas? ¿Por qué Yrigoyen se había callado la boca? ¿Dónde estaba la justicia? Por eso, cuando en las calles de Palermo el anarquista alemán Kurt Wielcken despachó de siete tiros al comandante Varela, hubo una sensación de alivio en el pueblo. Había sonado la hora de la justicia, que las instituciones habían olvidado.

Cuando llegamos al campamento de Gas del Estado nos informaron que hay malas noticias de Buenos Aires. Perón intervino Córdoba y Buenos Aires, quitándole el poder a sus correligionarios Bidegain y Obregón Cano. Me voy a dormir temprano. Mañana hay que levantarse a las seis para seguir la filmación. Con este film nos vamos metiendo con pata y todo en el país real.

(Berlín, 17 de mayo de 1988. Hoy releí esta página del diario de la filmación de La Patagonia rebelde, *que escribí hace 14 años. Catorce años en los que ocurrieron crímenes aún más tremendos que la masacre patagónica. Y los legisladores radicales volvieron a levantar la mano para tapar la justicia. Obediencia debida y punto final. El gobernador peronista de Santa Cruz, Arturo Puricelli, vetó la ley provincial que proponía como lectura en las escuelas secundarias mi libro* Los vengadores de la Patagonia trágica. *Una forma de fusilar la memoria.)*

Entre Darwin y Portal

CUANDO EL MONO DESCIENDE DEL HOMBRE

(Por Juan Carlos Martini Real) Noti Dormi no ha conseguido legitimar la hora de la pavada: la expone, en cambio, a la manera de un síntoma "escandaloso". No es ni siquiera la metáfora de la crisis de una sociedad, porque sería mucho pedir de un programa televisivo. Ese mono llamado Darwin (muy bien actuado por un simio que acaso personalice la evolución de una especie) y el audazmente publicitado Raúl Portal (un supuesto profeta de la buena onda) aparecen conduciendo una trasnochada historieta semanal en donde el leitmotiv argumental consiste en alimentar la taradez contagiosa y asociada, como bandera de lucha contra las "pálidas" melancólicas que afligen al país. En las baratijas de los unipersonales televisivos, *Noti Dormi* (que sale al aire bajo la sigla oficialista de ATC) sólo se propone reivindicar la idiotez, idiotizando la frustración legalizada de cierta mayoría, engañada aún con la persistencia de llamar telefónicamente desde el lugar más remoto, para jugar (por nada) contra una grilla de palabras entremezcladas o saludar a su ídolo o pariente más cercano (aunque duerma en su misma cama). *Noti Dormi* consigue —es lo cierto en el caso— dar otra vuelta de tuerca al exitismo populista de los Gerardo Sofovich y las Susana Giménez, en busca de una explotación más alambicada del infantilismo de ciertos estratos decadentes de la clase media argentina. Rara casualidad: el programa de Raúl Portal (y del simpático Darwin) no presupone ni promueve nada nuevo a la ya castigada audiencia de la pantalla menor. Apenas prolonga la propia mediocridad de la programación (vaya "suceso").

Sorprende pensar (y habrá que hacerlo de tanto en tanto) que *Noti Dormi*, esgrimido en la estruendosa apoliticidad, se presenta paradójicamente como uno de los espacios más politizados de la TV argentina. O el mejor instrumentado en tal sentido. No hay inocencia o ingenuidad en la propuesta de hacerse cargo de la pavada gratuita. Las portadas de llamativas revistas (canonizando a *Noti Dormi*) o la promoción descarada de frases, adjetivos, interjecciones, difundidas en calcomanías y por otros mecanismos contextuales, están hablando de la imposición premeditada de un discurso (de una ideología), de conocido trazo en la televisión durante la época de la dictadura militar. El vaciamiento semántico es una bisagra totalitaria. Se discrimina o se descalifica todo registro pensante que no se atenga al código propuesto: la materia gris es un defecto, salir de la comunicación gutural significa estar fuera de los "mambos naturales", no aceptar el "sentido del humor" de *Noti Dormi* equivale a marginarse en la diversidad (a recluirse voluntariamente en la soledad o en la desventura del mono).

Porque Darwin desorienta, conmueve, magnetiza. Y es que la idea del mono aferrado a una cadena en *Noti Dormi*, cada vez con menos cámara sobre su triste naturaleza (luego de aquella exposición de autogoce que dio tanto que hablar), se ha convertido en un paradigma, en un símbolo del que no puede sonreír ni llamar a la carcajada, a pesar del grito sobreimpreso de ¡Mboheio! (tan parecido al de Tarzán, con poca liana). El descorazonado simio no levanta sus brazos ni reclama alegría con tantos ¡Hop! ¡Hop! a su alrededor (y sin una mona que lo comprenda). Vive aterido a su silencio, a sus chillidos de mono, sin que nadie salga en su defensa, allí, o del otro lado de la imagen, como tanta mayoría silenciada, que no claudica (ni con la pavada), ni puede creerse este asunto "maravilloso", cuando los mentores y discípulos de un pasado siniestro y muy cercano invaden con mayor exaltación que nunca los estudios de la televisión argentina, y retornan (o jamás se fueron) con sus mañas y guarderías represivas, y vienen (dicen) justo a propiciar el ánimo, intercambiando felicidad por rating, higiénicos o lavaditos, siempre que el país los precisa (según ellos), proclamando la irracionalidad como salvación y la locura "linda" (alabada sea) como una chistosa salida hacia la nada.

Por suerte, Darwin (como todos los darwinianos), aunque no lo dejen, seguirá haciendo de las suyas. Porque todo mono, por menos genial que se le parezca, tiene desde ahora, en *Noti Dormi*, un sueño que lo desvela noche tras noche.

Libros

"AMANTE VITALICIO", DE MELVILLE T. BLAKESLEE



Dibujos: Gloria Iglesias

(Por Roberto Fontanarrosa) Cuando ya todo hacía suponer que Melville T. Blakeslee había clausurado su producción con *Semen y castigo*, el sucio y viejo zorro de Austin ataca nuevamente con un título que recién ahora llega a nuestras librerías. En verdad, aquellos que nos vimos golpeados, seducidos e incluso, seamos honestos, vejados por la literatura del autor de entregas tales como *Visita nocturna* o *La séptima polución* aguardábamos un volumen del tenor de *Amante vitalicio*.

No mucho tiempo atrás, parapetado en el silencio y la austeridad de su casa de campo en Cotulla (Texas), Blakeslee, a quien Truman Capote definiera como "un nuevo Charles Bukowski, pero erótico", confesaba a un periodista del *Detroit Free Press* lo siguiente:

"Siempre me sentí tentado a volcar en el papel mis confusas y abundantes relaciones sexuales. He tenido cientos de ellas y debo admitir que así como las hubo frustrantes y antinaturales también las hubo desagradables. Y si no me decidí antes a contarlas fue por una simple y sencilla razón: mi esposa Katharine".

Es que Melville T. Blakeslee, a quien no pocos críticos han acusado de pecaminoso contaminante, el mismo cuyos libros fueran quemados en abril de 1973 en el patio de la academia militar de Castle Heights, el subversivo literato que se atrevió a narrar con escalofriante minuciosidad una relación contra natura entre una langosta marina y un perro en *Sobre la extensa playa y entre las hierbas,* había dado, ya en sus años maduros, con una sólida mujer de Oak Ridge, dispuesta a comprenderlo.

"Katharine nunca supo mucho de literatura —continuaba confesando Blakeslee en la entrevista anteriormente mencionada— y creo que lo único que ha leído en su vida es el catálogo de instrucciones de la segadora de césped sin llegar a comprenderlo del todo. Pero era justamente una mujer así, virgen de intelectualismo, lo que yo andaba buscando desde hace mucho tiempo, sin saberlo."

¿Qué fue, entonces, lo que decidió a un escritor como Blakeslee, que no rehúye a las citas verídicas ni a los nombres propios, a relatar todo aquello que ocultaba celosamente su memoria? ¿Por qué, es la pregunta obligada, un hombre que tan maduramente resguarda el sentimiento y la dignidad de la compañera que lo ha rescatado del alcoholismo y la depresión, decide dar a luz sus múltiples relaciones con otras mujeres? "He dicho que mi Katharine nunca leía —admite el discutido novelista en su famosa charla con Lorence Freidel, a través de un video que pudo verse en nuestro país meses atrás—. Y es más, ella ni siquiera sabía que yo era escritor. Vivió convencida de que yo era electricista ya que me ocupaba de arreglar los artefactos eléctricos que se descomponían en la casa. Ella suponía, al verme escribiendo sobre mi cuaderno, que yo estaba anotando los gastos del mes y que si aquella tarea me insumía de cinco a seis horas diarias, eso se debía a mis dificultades con las matemáticas. Tampoco hizo nunca demasiadas preguntas sobre mi pasado. Y eso que nos conocimos cuando yo ya tenía 52 años y ella 50, una edad más que prudencial como para suponer que uno tiene algunos fantasmas guardados en el desván. Katharine ha sido siempre una mujer discreta."

No es discreto, pese a eso, el último libro de Melville T. Blakeslee. Con un manejo lineal y despojado, de una agilidad impensable en un hombre que lo escribió a los 82 años, pulveriza el honor y el orgullo de más de una dama respetable de la sociedad americana describiendo con pulcritud no falta de ardor, gustos, apetencias, perversiones y hábitos sorprendentes de todas y cada una de sus ocasionales parejas.

"Cuando Katharine fue a parar al asilo —narra Blakeslee, tiempo atrás, en el reportaje central de *Play Boy*— comprendí que ya no había nada que impidiese lanzarme a escribir lo que siempre ambicioné: mis aventuras amorosas. Había reservado ese tema para lo último, como un regalo de hacerme a mí mismo en el ocaso de mi vida, pero cuando Katharine, con su honestidad y su candor, se cruzó en mi camino, comprendí que hacerlo hubiese sido destruirla y ya me había hecho a la idea de dejar de lado ese proyecto." Un rasgo ético de ese calibre podría sonar impensado proviniendo de un hombre como Blakeslee quien, con esa impunidad de aquel que ha recibido el topetazo de la fama tarde e inesperadamente, supo quedarse con anticipos de dinero por libros que jamás escribió o no se privó de golpear a un niño con ínfulas de periodista frente a las cámaras de la segunda cadena de televisión. Pero la decisión de llevarse a la tumba sus secretos amorosos, ahora quebrada en una actitud eminentemente moral, puede entenderse un poco mejor si descubrimos que Melville T. Blakeslee no trepidó en firmar solicitadas clamando por los derechos de las minorías papúas en las Nuevas Hébridas o que debió ser sacado a patadas y bastonazos del frente de la Casa Blanca, a cuya verja se había encadenado solicitando la libre venta de bebidas alcohólicas en las escuelas primarias.

Katharine Mc Chesney Martin, de Oak Ridge, se puso muy mal cuando supo del largo noviazgo que Blakeslee había mantenido con la bailarina Esabella Colón en el año '57.

"Fue apenas una foto —explicaba un Blakeslee hipante y dolorido a la revista *Variety*, en su edición de junio del año pasado— que mi Katharine acertó a descubrir en uno de mis cajones, cuando estaba limpiando. Cuando yo le admití que sí, que había mantenido un romance con aquella muchacha muchos años atrás, mi Katharine empezó a desmejorar a ojos vistas y el trato conmigo se hizo frío y distante."

Katharine Mc Chesney Martin debió ser internada, en diciembre del año pasado en una casa de salud, en Plainview, localidad distante a unos 123 kilómetros de Cotulla. Se adujeron razones de senilidad (ella tenía 80 años) pero nadie dudó, incluido el propio Blakeslee, que su decadencia había sido impulsada y acelerada por aquella inoportuna foto hallada al azar.

"Mi Katharine dejó de bañarse y alimentarse —recordaba Blakeslee a la revista *Variety*—, se convirtió en un vegetal de mirada perdida y sin reacción alguna. No tuve otro camino que internarla y sé positivamente que ya jamás saldrá de allí. La he visitado varias veces pero no me reconoce o simula que no me reconoce. Permanece en silla de ruedas y me han dicho que no camina. Yo sé que no me ha perdonado y daría cualquier cosa porque volviese a casa."

Tal vez esta encendida declaración de amor de Blakeslee sea la disculpa que el escritor esgrime ante las acusaciones de traición y deslealtad a su mujer que cierta prensa especializada se ha ocupado de descargar sobre su persona luego de la aparición de *Amante vitalicio*.

"Blakeslee —arremete John Lee Thurston, en el *Atlanta Journal Constitution*— no sólo describe con énfasis de macho cabrío sus relaciones con mujeres de toda calaña antes de haber conocido a su, según él, tan amada Katharine, sino que detalla con delectación, otras tantas relaciones de ese tipo ocurridas luego de estar ya viviendo con ella. La descripción de su affaire con la planchadora, en su propia casa, es un vivo ejemplo, tanto de exactitud en el relato como de mala fe."

Es cierto que, así como *Amante vitalicio* aclara palmariamente que la tan meneada, en todo sentido, Esabella Colón, la Reina del Mambo, sólo fue un episodio fortuito y sin importancia en la vida de Blakeslee, el capítulo que versa sobre la planchadora estremece por lo inusual de su tratamiento.

"Yo había contratado una planchadora para aliviar el trabajo de mi Katharine —cuenta el autor en la página 678— aunque ella era fuerte y abnegada como un caballo de tiro. La señora Claridge era una californiana que, pese a sus 71 años, se mantenía en forma y sólo denunciaba su edad por un leve arrastrar de los pies, un cuello con papada de pavo y una joroba producto de su oficio. La primera vez que la penetré fue cuando pude arrinconarla contra el armario de la cocina y logré resistir a pie firme los dos o tres golpes que, con la plancha, procuró sacudirme en la cabeza. La carne de sus muslos colgaba como jirones y ese aleteo fláccido, lejos de abatirme, llevó mi excitación a niveles de una fiereza salvaje."

Es así como descubrimos, gracias a la sinceridad de *Amante vitalicio* que, de la misma forma que la planchadora aunque no siempre contra el mismo sufrido armario de la cocina, han pasado entre los brazos y las piernas de Blakeslee un par de vecinas, un terceto de hermanas solteronas que superan, todas, los 65 años, una mudita, las respectivas esposas del alcalde y el alguacil de Cotulla, el propio alguacil de Cotulla, algunas periodistas que se acercan a solicitar entrevistas, una colegiala que acude a verlo por un autógrafo y, ya de cierre, la tipógrafa que se ocupa de la composición del libro. Esta parte se incluye en un poco usual "Epílogo II", a todas luces agregado a último momento.

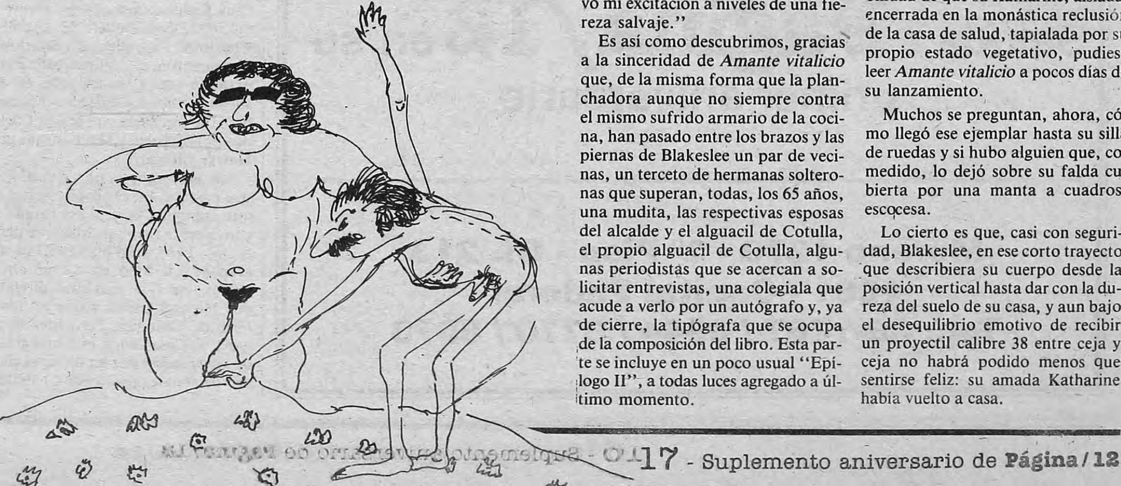
A esta altura de los acontecimientos y la repercusión mundial que ha tenido el libro, nadie duda que se ha consolidado un nuevo peldaño en esta escalera que conduce el nombre de Melville T. Blakeslee a las plataformas más elevadas de ese Parnaso literario, agrietado por escándalos, acusaciones y controversias, que tan sólo unos pocos comparten. La muerte de Blakeslee, esa muerte repentina e inesperada la semana pasada, no hará más que agregar el condimento exacto de violencia, misterio y tragedia que todo hombre público requiere para su completa consagración.

"Nadie sabe a ciencia cierta cómo llegó, cómo pudo hacerlo —rezaba el cable que conmoviera las redacciones del mundo entero— dado que Katharine Mc Chesney Martin hacía ya un año que no se movía de su silla de ruedas, perdida la vista en la amable ondulación de las colinas de Plainview. Tampoco nadie se explica de dónde sacó la anciana mujer el revólver calibre 38 que empleó para su tarea vindicatoria o cómo tuvo fuerzas para empuñarlo dado su exasperante estado de debilidad y desgano. Algunos aducen que ese revólver era propiedad del asesinado escritor y que lo había comprado en el año '52, en oportunidad de uno de sus frecuentes viajes a Cuba, en compañía de su amigo, el actor George Raft."

Posiblemente Melville T. Blakeslee nunca pensó, ni sopesó, la posibilidad de que su Katharine, aislada, encerrada en la monástica reclusión de la casa de salud, tapialada por su propio estado vegetativo, pudiese leer *Amante vitalicio* a pocos días de su lanzamiento.

Muchos se preguntan, ahora, cómo llegó ese ejemplar hasta su silla de ruedas y si hubo alguien que, comedido, lo dejó sobre su falda cubierta por una manta a cuadros, escocesa.

Lo cierto es que, casi con seguridad, Blakeslee, en ese corto trayecto que describiera su cuerpo desde la posición vertical hasta dar con la dureza del suelo de su casa, y aun bajo el desequilibrio emotivo de recibir un proyectil calibre 38 entre ceja y ceja no habrá podido menos que sentirse feliz: su amada Katharine había vuelto a casa.



EL SILENCIO DEL POETA



(*Por Héctor Tizón*) Lo vi por primera vez en una de las tantas casas donde habitó el pintor Lozano Muñoz en Yala. No estaba yo maduro y él estaba sin empleo y demasiado pobre. Es decir, que a ninguno de los dos nos sobraba la paciencia. Por entonces quizá yo creía más en la acción y en el ruido, y él comenzaba el regreso de todo aquello. Quiero decir: no me interesaba demasiado la bella traducción que él acababa de hacer del poema a una rosa de Stephan Spender. Fue mucho peor para mí. Después nos alcanzamos y ya fuimos juntos, hasta aquella despedida tan espectacular, llorando yo junto al Gobernador, con la manija de bronce en la mano y él irremediablemente yaciente y tan callado. Pero, más que en estos fastos y en los otros recitales, lo tengo unido a mi en la imagen de mi mujer, con quien aún no habíamos dejado los juegos y, luego, con la de Ramiro, mi primer hijo, que en el sol de aquel primer verano aprendía a ponerse de pie en su casa junto al río que habíamos contribuido a salvar de una hipoteca y de la incuria. Y a partir de entonces ya fuimos amigos, aunque silenciosos y simuladamente apartados, como un hermano y su hermano.

Anduvimos juntos un breve trecho, en giras por las escuelas más pobres y apartadas de la provincia, en el viejo fiacre a gasolina del Consejo de Educación, entonces; aprendiendo con los maestros una vieja lección de abandono y patriotismo gratuito; tal vez, en aquellas giras, más interesados en atrapar un recóndito gesto, una atmósfera, un momento suspendido en la historia, que en la historia misma y el Reglamento General. De seguro, la enseñanza oficial nada avanzó con nosotros como jefes. Para eso no teníamos vocación ni ganas, ni fe. Sólo creíamos, ya, en la inutilidad de la suma de informaciones y en el misterio común de una ecuación y una metáfora. Todo lo demás lo harían los cagatintas y tenedores de libros.

Después lo dejé, cuando mi primera fuga. Y lo volví a encontrar al cabo de México y de Italia.

Ahora la lluvia es fina y asperjada, en ese otoño.

Raúl Galán, el poeta, es impuntual. Había quedado en buscarnos a una hora propicia para comer juntos en su casa y no llega aún. La lluvia, apenas polvo de agua, cae sacudida de vez en cuando por ráfagas de viento frío. Es de noche. No hay luz en nuestra casa; por algún motivo no hemos encendido las lámparas a querosén, y con mi mujer permanecemos como hace millones de años contemplando las llamas perezosas. Los niños, que ya son dos, duermen en su habitación.

De pronto ruge un automóvil, suenan las palmas y ladra el perro. El poeta, envuelto en un capote oscuro penetra en la casa; se sienta con nosotros junto al fuego. No habla, ha saludado tan sólo y mira el fuego. Su bello perfil, adulterado por un bigote de pelos blancos se proyecta en ese claroscuro de llamas amarillas azuladas. Con mi mujer hablamos precipitadamente, somos aún muy jóvenes y tenemos prisa por decir cosas; él aparentemente no escucha. En la penumbra no encontramos sino un solo jarro y de él bebemos un vino morado e intenso, los tres, cada quien a su turno. Le decimos, recienllegados, que ya queremos irnos, que aquí todo es aburrido, perverso, ramplón, provinciano. Le decimos que la experiencia del regreso ha sido infructuosa. De pronto el poeta advierte que ha dejado encendidos los faros de su automóvil, se levanta cansinamente, va, los apaga y regresa a su sitio junto al fuego; entonces dice: No nos engañemos, en todos lados es igual, sólo que aquí los pecados tienen nombre y apellido, nos topamos con ellos en cada esquina.

Todos nuestros encuentros fueron así, sentenciosos y simples, como el amor, o como un gaucho.

Casablanca y Barrio Chino

TOCALA DE NUEVO, CHANDLER

(*Por Juan Carlos Martini*) Tengo para mí que es imposible llevar una novela al cine. Es decir, *adaptarla*. Y los habituales y bochornosos fracasos perpetrados por este vicio no hacen más que reforzar la desconfianza que, a priori y por principio, me inspira toda *adaptación*, sea el que sea el talento o el genio del adaptador y/o realizador. Esta perversión, sin embargo, sigue nutriendo la cinematografía de todo el mundo con una obstinación que ya no pretendo entender. Pero pienso, por lo mismo, que un escritor debería temblar de espanto ante cualquier propuesta de *adaptación* de un libro que le pertenezca —y temblar de espanto, por pura solidaridad, ante proyectos con libros de otros escritores— y no sentirse, como a veces se sienten, cuando los llama un productor o un director, al borde de la gloria. Se trata, esta alegría, creo, de una confusión acerca del destino: resulta que lo que anhelaba ese escritor, al escribir, no era una novela sino una película. Pero no hay dinero que le compense a un escritor (aunque le sirva de consuelo) la pesadumbre de *ver* su escritura inciertamente *adaptada* para el cine. Las excepciones —las muy escasas excepciones de *adaptaciones* eficaces— confirman, como siempre, la regla.

Raymond Chandler (1888-1959) fue víctima a conciencia de este malentendido. Varias películas inspiradas en sus relatos se hicieron antes de su muerte. La más famosa es *El sueño eterno*, dirigida en 1946 por Howard Hawks, con William Faulkner entre los guionistas, y con Humphrey Bogart y Lauren Bacall como intérpretes. En 1942, George Sanders había encarnado ya al detective Philip Marlowe, y en 1945 lo había hecho también Dick Powell. Pero fue Bogart, se ha dicho, el que dio en la tecla. Yo no estoy de acuerdo.

Después de la muerte de Chandler, el cine siguió *adaptando* sus novelas: Paul Bogart dirigió *Marlowe (La hermana pequeña)* en 1969 con la efímera actuación de James Garner; Robert Altman, en 1973, se atrevió con *El largo adiós* (Elliot Gould y Nina Van Pallandt); Dick Richards hizo *Adiós, muñeca*, en 1975, con Robert Mitchum y Charlotte Rampling. El Marlowe compuesto en esta última realización es mejor *interpretado* que en *El sueño eterno*. La esencia del personaje fue traducida con mayor fidelidad por Richards y Mitchum que por Hawks y Bogart.

Sin embargo, y por paradójico que parezca, fue el propio Bogart el que compuso la más inesperada y convincente figura de Marlowe para el cine. Pero no lo hizo en *El sueño eterno*. Lo hizo en *Casablanca* (1946), ese film magistral dirigido por Michael Curtiz y que *no tuvo* libro de Chandler. Pero Rick (Bogart), en *Casablanca*, es la más grande *apropiación* que ha hecho el cine del personaje creado por Chandler.

Rick, en *Casablanca*, es Marlowe, puro Marlowe: el exacto espíritu de un personaje, su íntima esencia. La clase de héroe que Chandler, hasta 1946, había imaginado y expuesto ya en cuatro novelas (*El sueño eterno*, *Adiós, muñeca*, *La ventana siniestra* y *La dama del lago*), ese héroe en crisis consigo mismo y con su tiempo —que es en este caso lo que establece una estética— o, dicho de otra manera, ese antihéroe que sabe que sus relaciones con la historia se hallan al borde del abismo, está presente en el Rick de *Casablanca* antes que en cualquiera de los otros Marlowe llevados anecdóticamente al cine.

En este orden de ideas podría decirse, a su vez, que *Adiós, muñeca* ha sido, quizás, el libro de Chandler mejor *adaptado* para el cine. Una de las cualidades de esta película es la permeabilidad con que se hace cargo de contar la anécdota de la novela de Chandler. Pero ni *Adiós, muñeca* ni ninguna de las películas directamente inspiradas en los libros del creador de Philip Marlowe han *interpretado* la esencia de esa excelente novela norteamericana que es el conjunto de la obra de Chandler como lo ha hecho *Barrio Chino* (1974) de Roman Polanski (con Jack Nicholson, Faye Dunaway, John Huston), y que *no se basó* en ningún libro de Chandler. Pero *Barrio Chino* se *apropió* de aquello que Chandler supo poner en sus novelas: el espíritu de una época, los signos de su violencia, y la condición trágica y farsesca de la existencia en un mundo que hace del enmascarmiento no su soporte sino su razón de ser.

Insisto, entonces: Rick, en *Casablanca*, es el mejor Marlowe llevado al cine. Y *Barrio Chino*, el mejor Chandler. Un indicio, o una afirmación en todo caso, se oculta en la historia de estas dos películas: Howard Koch, Julius y Philip Epstain recibieron el Oscar al mejor guión por *Casablanca;* Robert Towne, guionista de Polanski, lo recibió por *Barrio Chino*. Más allá de las casualidades y los caprichos, por algo habrá sido.

El escritor alemán Günter Grass, de 61 años, autor de *El tambor de hojalata* y *El rodaballo*, entre otras novelas, acaba de publicar *La ratesa*, que hace días apareció en España en su versión castellana. Lo que sigue es un fragmento de esta obra profético literaria en que se narra el fin de la especie humana en un holocausto nuclear, y la supervivencia de las ratas.

LA RATESA

(Por Günter Grass) Con la lana nueva a bordo, decolorada o teñida, que han comprado en Stege, entre tiendas de saldos con sus letreros de *udsalg*, en una tienda de lana de precios fijos, su barco echa el ancla a una milla escasa del *klint* de Mon, frente a los escarpados acantilados gredosos, tan altos que, desde sus cimas cubiertas de bosques, con buena visibilidad, pueden verse las tierras altas de la isla de Hiddensee, situada frente a la de Rügen. Han echado sus dos anclas en un lugar importante.

Damroka las llama a todas al puente: desde Dronningestkamlen y Dronningenstolen hasta Storeklint, pasando por Hytjedals Klint y llegando a Lilleklint, les recita los nombres daneses. Con el sol de la mañana, la costa arcillosa despide un resplandor que enturbia lechosamente el verde mar a sus pies; en cuanto cae la tarde, la costa amenaza sombría. Resquebrajaduras claramente dibujadas un momento antes pierden su claroscuro. El pálido macizo se alza inhóspito frente al mar, cuyo gris imita el camuflaje de los buques de guerra orientales-occidentales.

"Exactamente aquí —dice la Timonela— soltaron, al parecer, al Rodaballo las mujeres, cuando todavía confiaban en qué sé yo qué." Pero no lo llama, no quiere engatusarlo: "¡Dinos algo, Rodaballo!". Ni maldecirlo: "¡Estafador, mentiroso, so mierda!".

Están sentadas ante la cabina del piloto, acurrucadas a sotavento. Mirando al liso mar o a los agrietados acantilados arcillosos, cuatro de las cinco mujeres hacen punto mientras hablan de sí mismas, como si tuvieran que deshacerse de retazos. *Udsalg*, saldos de lamentaciones prolongadas, que se les han quedado enquistadas.

También la Anciana, que no hace punto, habla de sí misma, mientras pela batatas, limpia zanahorias y destripa luego los arenques; la lechaza y las huevas las vuelve a meter en los peces desventurados. Son los sabrosos arenques del Báltico, que, más pequeños que los del Mar del Norte, cada vez son más raros en el mercado.

La conversación de las mujeres cambia, pero lo que dicen cuenta siempre la misma historia, que trata de hombres apartados, agotados, de hombres duros y cansados, agresivos, fracasados, de hombres temporalmente adorables y luego vulgares, de hombres pasados. Y se trata de los hijos de éste o de aquel hombre, que, todos ellos, no quieren ser ya niños, sino adultos; tan ricas en años son las mujeres que hay a bordo del barco *La Nueva Ilsebill*, y no sólo la Anciana, que no cuenta ya los suyos.

A tres hijas nombra la Timonela por sus nombres, cada una engendrada por un padre distinto.

Dice: "Bueno, ahora son independientes y no se dejan atar, como me dejé yo una y otra vez, porque me lo creí demasiado tiempo y me dejé convencer por aquella cháchara de que también se podía vivir en pareja. Sin embargo, nunca resultó nada. Y no ha quedado nada. Sólo las chicas, por las que lo he hecho todo, absolutamente todo, a fin de que no cayeran en la trampa como yo, una y otra vez, tonta como era".



Ilustración realizada por el autor, Günter Grass. El mundo será un nido de ratas.

Luego, ella, que, en contra de todo lo que dice, está tejiendo un jersey como para tres hombres, dice de los padres de sus hijas —"uno bebía, el otro se iba con putas, al otro sólo le importaba su carrera"— cosas medio buenas y medio malas: "No puedo quejarme. No perdí mucho con todo ello. Los tres eran bastante conmovedores a su modo, pero estaban bastante hechos polvo. Lo que pasaba es que duraba demasiado. Y cada vez la tonta fui yo. Sólo ahora he terminado definitivamente todo aquello".

La Maquinista, en cambio, sigue sin poder decidirse entre dos hombres, que viven los dos —uno israelí, otro palestino— en Jerusalén y no están dispuestos a ser un hombre solo. Dice una y otra vez: "¡Es fantástico! Hubiera sido el no va más si se hubiera podido hacer un hombre con los dos. No eran tan contrarios como pensaban cuando se miraban con sus gafas oscuras. Hubieran podido ser compañeros, incluso en los negocios, con su manía por los coches. Por qué no poner un taller juntos: autos usados y todo eso. Pero tenían que destrozarse. Y yo, en medio, como una estúpida gallina. Ya no sabía lo que estaba bien, tampoco en política. Y, lo que es hablar, sabían hablar: siempre con toda lógica. Ninguno de los dos cedía. También, de algún modo, siempre tenían los dos razón. Y yo, de un lado a otro, tan furiosos se ponían: '¡No te metas en esto!'. Me utilizaron. Se decían a mis espaldas: 'Vamos a ver si nos la beneficiamos; a esa alemana con sus complejos'. La verdad es que yo los tenía: dos maletas llenas. Ordenadamente traídos de casa. Al fin y al cabo, siempre quería arreglarlo todo. Reconciliar a los dos, posiblemente hacerlos hermanos, bueno, hacer un solo chico de los dos. Pero ellos no hacían más que mirarme, hasta que me evaporé, de pronto, con el hijo que el uno o el otro me habían fabricado. Y dejé una nota sobre la mesa: 'Escribanme cuando estén de acuerdo'. Pero ya no quiero, ni siquiera aunque los dos. ¡Estoy harta de ello!", dice la Maquinista, que últimamente se dedica a hacer calcetines de hombre.

Luego sigue hablando del muchacho. "Acaba de negarse a hacer el servicio militar", dice, para que todos sepan para quién son los calcetines. Y la Oceanógrafa, como ha sido tan pronto, "demasiado pronto", como dice ella, abuela, teje cositas de niño, siempre cositas de niño de color rosa y azul celeste.

Todo lo que le ha ocurrido —y la mayoría de las veces resultó mal o de otro modo— sucedió demasiado pronto o demasiado tarde, por lo que la Oceanógrafa abre o cierra sus historias con datos cronológicos: "Hubiera tenido que saberlo antes o, al menos, sospecharlo, ¿no? Pero, entonces, naturalmente, era demasiado tarde. Si hubiera ido en su momento, y sola, a Londres, antes de irme a Bruselas, con años de retraso. Sin embargo, sólo cuando todo había pasado lo comprendí; demasiado tarde. Porque, si hubiera empezado con la Oceanografía y no sólo después de arrastrar aquellos cursos en la escuela de interpretación y luego otro título y otro, para ser ama de casa, pero titulada. ¡No! Un niño y otro, y otro más, y todos demasiado pronto. Y el divorcio demasiado tarde. Y el otro chico demasiado pronto. Y ahora, cuando empiezo a ser yo misma, a ser sencillamente yo misma, me convierto demasiado pronto en abuela, ¿no es cómico?".

"¡Hombre!", exclama la Anciana, que no hace punto para nadie, sino que limpia zanahorias. "¡Hombre! Las mujeres están locas. Como si toda la porquería que hay por todas partes fuera caca de hombre; decididamente, caca de hombre. Yo sólo tuve uno y está muerto. Era como era y yo lo quería así. No sé si fue demasiado pronto o demasiado tarde. Sin embargo, no dejó su sitio a otros tipos. No, sigue estando ahí. Y no a medias. Está como era. No, sencillo no; más bien atravesado. También tenía sus cosas. ¡Y qué cosas, santo cielo! A veces tuve que aguantar mucho. O tuve que disimular, sencillamente. Pensaba: 'Ese volverá'. Y volvía. Pero una vez volvió con una que venía de Wiesbaden. Una especie de percha con trapos colgados encima. Que tenía que ser su amiga, me dijo él. Era estupenda, y se llamaba Inge. Ella o yo, le dije. No se calentó los cascos mucho tiempo. Y después, todo arreglado. Bastante malo era lo que había soportado todos aquellos años. Era antes de la guerra, o después de la guerra, o cuando la guerra intermedia. Lo mismo que hoy, en que la guerra puede empezar mañana mismo". La Anciana hace un gesto de rechazo. "¡Sólo el verdadero amor!", exclama, "¡es lo que cuenta!".

Damroka guarda silencio y teje su cobertor de restos de lana, suficientemente grande para abrigar a las cinco mujeres. Antes de que la Timonela pueda empezar otra vez, dice: "En el amor siempre fui buena, porque soy muy lenta. Si no se sabe cuándo se empieza ni cuándo se termina se evita lo peor. Hasta cuando no había nada, yo amaba. No es posible guardárselo para sí misma. Y los hombres, bueno. El que tengo ahora se esfuerza por estar ahí, y lo consigue bastante, cuando no está de viaje...".

Ahora vuelve a guardar silencio, porque es muy lenta y tiene que alcanzarse a sí misma. Sin embargo, cuando ve todos los peces rellenos de lechaza y huevas que la Anciana ha alineado, cabeza con cola, sobre la tabla de picar, cuenta los arenques, le resultan 11 y no puede evitar reírse, porque, al contar, recuerda su servidumbre en el órgano musical.

"Ya lo sabéis" —dice Damroka—; en 17 años, 11 pastores. Y a los 11 me los ha dejado atrás. Sobre el primero no hay nada más que decir. También sobre el segundo estáis informadas. El tercero desapareció en su momento. El cuarto, sin embargo, me vino de Suabia y tenía algo que ver con el pietismo. No tenía ni idea de liturgia, pero siempre, hasta en el retrete, le hablaba Jesucristo Nuestro Señor...".

Así enumera Damroka a sus sotanas. "El quinto, en cambio, venía de Uelzen, y se dedicaba al trago..." No omite a ninguno. "El sexto se las daba de alternativo..." "Al séptimo se le escapó la mujer con el sacristán..." "El octavo, sin embargo, y también el noveno..."

Entre medias hablan las otras mujeres que hacen punto, como si no quisieran perder la hebra, de forma que sólo hacia la noche, y después de que los acantilados gredosos estaban en sombras, amaneció la sospecha: pronto se les acabarían, si no la lana, si los hombres, que no daban más de sí. Comen en silencio batatas cocidas con zanahorias, sazonadas con mantequilla, y perejil, y arenques asados, 11. Palidecidos en gris, los *klinten* de Mon se acercan. Como todo se ha dicho, ninguna quiere decir ya nada. Esas historias sólo sirven para dar sueño.

Con la Maquinista a la cabeza, las mujeres se dirigen al castillo de proa, donde sus hamacas se columpian muy juntas, por tranquilo que esté el barco. La Anciana arma todavía estrépito lavando los platos, y luego sigue también el descenso. Sólo la hamaca de estribor se columpia desocupada. Damroka se ha quedado en cubierta con su jarro de café. "¡Voy a escuchar el parte meteorológico!", grita. "Luego bajaré en seguida."

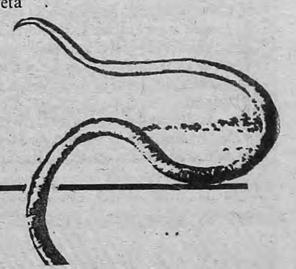
Como en verano anochece tan lentamente en el Norte, cuando el negro banco de nubes del Noroeste empieza a disolverse, unas nubecitas en copos se desplazan por el cielo todavía claro. Espesos harapos deshilachados. Es como si animales nubosos huyeran sin cesar. No hay viento sobre las aguas, pero arriba sopla. Sin embargo, mi Damroka no quiere leer nada en el cielo. Busca otros buenos consejos.

Tras la cabina del piloto, alguien llama al Rodaballo, tres veces. El Rodaballo, que en otros tiempos sólo hablaba a los hombres, al que, venga lo que viniere, sólo le estaba confiada la causa masculina; él, cuyo consejo fue precioso hasta que su larga historia acabó mal, después de lo cual recapacitó y sólo quiso servir a las señoras, exclusivamente a las mujeres; él, el Rodaballo tres veces invocado, responde a Damroka a popa de la barcaza motorizada, donde ella está acurrucada, de forma que sus cabellos le caen sobre las rodillas.

Pasa a toda velocidad ante mí lo que los dos hablan. Las preguntas de ella se forman lentamente, él responde conciso. Al Rodaballo, que probablemente está al alcance de la mano, bajo la superficie del agua, no lo veo; pero veo a las otras mujeres que, subiendo por la escalerilla, salen del castillo de proa, con la Timonela a la cabeza. Agrupadas en torno a una lámpara de petróleo, mantienen la distancia. La Anciana sostiene la lámpara. Si yo estuviera ahora bajo cubierta, podría echarme en todas las hamacas. Pero no debo hacerlo. Yo estoy fuera. También a mí me han despedido.

Damroka ha terminado su conversación con el Rodaballo. Mientras permanece acurrucada, los cabellos le siguen cayendo sobre las rodillas. No se asombra de ver a las otras mujeres en el castillo de proa, estrechamente agrupadas en torno a la lámpara. Así iluminadas, y mientras se acercan, paso a paso, las cuatro parecen un cuadro. La Anciana, con la lámpara delante. "¿Qué? —dice— ¿qué sabe él?"

Aunque Damroka habla tranquilamente y se permite pausas, no hay lugar para contestaciones. No da órdenes, sino que afirma: "Es urgente. Levaremos anclas en seguida. Nos dirigiremos directamente a Gotland. Allí están nuestros papeles sellados. Para Visby y para bajar a tierra sólo queda medio día. Lo de las aguavivas se ha acabado. El ha dicho que esto se acaba. Ha dicho: 'Lo más tarde, el sábado, antes de la puesta de sol, tenemos que estar frente a Usedom, sobre la fosa de Vineta' ".



Página/12
el país a diario
Suplemento Aniversario - Idea y dirección: Jorge Lanata. Coordinación: Sandra Russo. Diseño: Daniel Iglesias

CONTRA LOS DISTRAIDOS

(*Por Jacobo Timerman*) Veía televisión en un pequeño cuarto cuya ventana miraba a la calle Ayacucho, esquina Posadas, en Buenos Aires. Estaba bajo arresto domiciliario —de abril de 1978 a setiembre de 1979— y era la única posibilidad que quedaba después de la lectura, el esfuerzo por dormir, la gimnasia. Venía de un año de torturas, "chupaderos", desapariciones y cárceles. Incluso la televisión de la dictadura era bienvenida.

Fue entonces que vi por primera vez al general Carlos Guillermo Suárez Mason. De uniforme, en el jardín del Primer Cuerpo de Ejército, arrogante, seguro, elocuente, confiado, respondía a las serviciales preguntas de Bernardo Neustadt. Recordé muchas veces esa entrevista y me maldije por no haber tomado notas. Comprendí mucho sobre la terminología con que se alude a la represión cuando el que habla es quien la ejerce. Por las preguntas, tuve una idea sobre la facilidad y silenciosa complicidad con que esa represión era aceptada por la sociedad.

Pareciera que los verdugos no cuentan con gran variedad de estrategias argumentales cuando tiemblan por su pellejo. Hace 27 años, en Jerusalén, Adolf Eichmann se presentó ante sus jueces como un pacífico y meticuloso oficinista al servicio de su país en guerra. En Buenos Aires, el general Suárez Mason recurre hoy a la misma figura piadosa. Quizá la diferencia estriba en que Eichmann refería la responsabilidad por los crímenes a nazis muertos, o presos, ya juzgados o prófugos. Suárez Mason —¿por cobardía? ¿por táctica?— deja caer la responsabilidad en colegas vivos, vecinos nuestros, frecuentadores de nuestra rutina diaria, algunos de los cuales también están siendo juzgados.

Creo que esa entrevista fue difundida por Canal 13 y debe estar aún en sus archivos, si es que no intentan destruirla en estos días. Los jueces ahorrarían mucho tiempo y energías si volviera a difundirse o si pudieran verla en privado. Comprobarían quién daba las órdenes. Por supuesto que las preguntas que hoy están formulando a Suárez Mason no son similares a las que Neustadt dirigía al general victorioso. Pero les resultaría inapreciable comparar las respuestas, porque cada uno de los conceptos, ideas, amenazas, revelaciones que el general victorioso elabora ante las cámaras es una desmentida a lo que hoy escuchan los jueces de ese hombre presuntamente agobiado, presuntamente indefenso, presuntamente con vocación de servicio, presuntamente patriota, presuntamente humilde, presuntamente inocente. Y se vería también que su responsabilidad no minimiza la de sus colaboradores y subordinados.

Volver a la entrevista, ¿sería un retorno al pasado? ¿Un impedimento a la reconciliación? No nos hagamos los distraídos. La reconciliación ejercida como olvido es una espada con la cual se quiere atemorizar a la sociedad civil. Los argentinos ya hace unos años que están reconciliados entre sí. En cuanto al valor del pasado, los alemanes occidentales consolidaron la democracia a medida que, después de la guerra, lograron que el pasado no fuera enterrado junto con los criminales de guerra ahorcados en la cárcel de Spandau.

No les resultó fácil. Antes que se percataran, los cómplices en libertad, los que "no sabían lo que ocurría" bajo el nazismo, habían convertido la sede de la Gestapo en un campo para quienes aprendían a conducir automóviles; la residencia de Wannsee, donde se programó la "solución final" para el pueblo judío, fue transformada en un hogar infantil.

Todo eso cambió. En el lugar que ocupaba la Gestapo se erige ahora un Memorial y las celdas de tortura son expuestas al público; en la residencia de Wannsee se está organizando un Centro de Estudios sobre el Holocausto judío. Habrá además un Museo de la Resistencia; un Memorial en el lugar que ocupaba la sinagoga donde los judíos eran reunidos antes de la deportación, y un Museo de la Historia alemana sobre el cual su organizador y director, Christoph Stölzl, dice: "Nada será suavizado". Nadie, hoy, exige a los alemanes que tomen estas dolorosas iniciativas. Pero no podrían mantener una sociedad civilizada si olvidaran. Se están defendiendo de la barbarie.

Richard Lowenthal, considerado a los 80 años una especie de guru de la intelectualidad alemana, agregó: "Uno no puede tratar, una y otra vez, de olvidar; incluso se puede aprender del pasado. La importancia de la historia de 1933 a 1945 no es sólo el horror de esa época, sino también las consecuencias del horror". La República Federal Alemana logró convertir esas consecuencias en una democracia.

Pocas veces, en estos últimos años, el horror alcanzó una identidad tan precisa en la Argentina como con la presencia de Suárez Mason ante sus jueces. En las cárceles sabíamos que era el Señor de la Vida y la Muerte; escuchábamos sobre el poder de decisión que junto al Señor tenía el coronel Roualdés, y la educación geopolítica que el Señor recibía del gobernador Ibérico Saint Jean. Los presos enviaban a sus familias en busca de contactos con ese triángulo susurrado en las celdas.

Redescubrir el horror, precisarlo, anotar todos sus detalles, recordar a sus protagonistas, hayan o no hayan sido condenados o siquiera juzgados, no es desenterrar el pasado, ya que el pasado está aquí, ahora, con nosotros. El Señor de la Vida y la Muerte frente a los jueces es un gran punto de partida para los argentinos. A través de 43 años, los alemanes debieron luchar y siguen luchando para que el horror siga vivo como custodio de su propia idea del Nunca Más. El punto de partida hay que conservarlo al alcance de la mano. Una y otra vez, decenas de veces, siempre, los alemanes tienen al pasado junto al presente. Quizás el juicio al Señor de la Vida y la Muerte nos permita comprender que ni un día debe pasar en la Argentina sin que hagamos conciencia de lo que ocurrió. Más aún, del horror que aquí, en presencia de todos, fue posible.



Guillermo Loiácono

Carlos Guillermo Suárez Mason en su *belle époque* personal, cuando daba otras respuestas por Canal 13.